



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Añon (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Aramb, Ayala, Alonso (J. B.), Aragoletain, Anchorena, Albeser-
ne, Arizón, Ariza, Antonio Guerra y Alarcon, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Boroa, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Bai-
trago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campomator, Camús, Canalejas, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Galavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Casaró, Carvino, Cheste-
trago, Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cahamaque, Calabán, Dacarosta, Diaz José María, Diaz Porez, Durán, Duque de Rivas,
Echavarría, (J. A.), Espin y Guillén, Estrada, Echevaray, Euzilaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fernán Toro Flores, Figueroa—
Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galeote de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Gilon, Gomez Marin, Gáliz y Ranté, Guallbenzu, Guerrero, Icaza, Harzenbusch,
Triarte, Jansz, Jaimeandreu, Labra, Larra, Larranaga, Lasala, Lazama, Lucas Mallada, Lopez Guajardo, Lorenzana, Lorenze, Lafuente, Macana, Machaló y Alvarez, Martes, Mata D. Guillermo, Mata (D. Pedro),
Mañó y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merlo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olaverria, Olaverria y Huarte, Orzáiz, Ortiz de Pinedo, Oteiza, Pompilio Genet, Palacio, Passa-
rón y Latorre, Pascual (D. Agustín) Perez Galdia, Perez Liria, Pi y Margall, Porez, Rosinos, Retes, Ravilla, Rios Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Raza y Gonzalez, Ros de
Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarniuga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Serrano Alcazar, Sallés, Tamayo, Trueta, Tabino, Talero, Ulloa, Valera, Velaz de Medrano,
Yega (Ventura de la), Viñart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Combarain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan).

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales

Madrid 28 de Enero de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administracion y redaccion, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—*Los poetas y la poesía*, por Tomás Rodríguez Pinilla.—*El prólogo de una biografía del marqués de Santa Cruz de Marcedo* por Luis Vidart.—*Don Juan Eugenio Hartzenbusch*, por Antonio Guerra y Alarcon.—*El marqués de Pombal* (conclusion), por Rafael María de Labra.—*En el Ateneo* (continuacion), por A. Ster.—*La cueda de cáñamo* (continuacion), por Francisco Martín Arrué.—*Condiciones económicas del trabajo*, por La union hispano-americana (continuacion), por Ramon de Sanjuan.—*El movimiento religioso en Europa y América*, por Nicolás Diaz y Perez.—*Revista de Madrid*, por Eugenio de Olaverria y Huarte.—Anuncios.

REVISTA POLITICA

A nadie se oculta que con ser latente y tender los ministeriales a sofocarla, la crisis existe y con tales caracteres, que ha de producir cuando menos un cambio total en la direccion que a los negocios públicos ha dado el partido conservador.

Hay que notar, sin embargo, que delostado actual poca gloria y menor responsabilidad toca a las oposiciones: el gabinete Cánovas-Pidal muere de la antinomia interior que desde su creacion se ha notado, y muere porque el Sr. Cánovas, ante las tremendas consecuencias que para la patria pudieran derivarse de acentuar en el exterior una política intransigente, no vaciló en declarar al Parlamento que la cuestion de la unidad italiana, no es una cuestion internacional, sino de un orden histórico puramente interior para Italia.

Presumia, sin duda, el Sr. Cánovas que esta declaracion heriria profundamente al señor Pidal, que ha llegado al ministerio con la representacion de los elementos que aspiran a restaurar por la fuerza y en cuanto se pueda el poder temporal; pero no pensó en la actitud de disgusto que adoptaria en seguida la Cúria Romana, y que se ha reflejado en la abstencion del Nuncio en la recepcion régia con motivo do los dias del jefe del Estado.

La cuestion universitaria, tan intimamente relacionada con la anterior, ha cobrado especial interés con el auto del juez competente procesando al coronel Oliver, que por orden del gobernador de Madrid penetró violentamente en la Universidad. Se ha etablado por éste la competencia, pero el efecto en la opinion está ya hecho, celebrándose en general la independencia del juez, que, prescindiendo de las opiniones del gobierno, ha dado al proceso incoado la direccion que ha creído más justa.

De las cuestiones exteriores, las que se relacionan con Africa son las que ocupan preferentemente la atencion del mundo político.

Ni el triunfo ya previsto y descontado, de los republicanos franceses en las elecciones territoriales, ni la sustitucion en el ministerio de la Guerra de la República vecina del general Campeon por el general Lewal que está dispuesto a proceder con energía en el Tonkin, ni las sempiternas cuestiones de Bismarck con su Reichstag, preocupan tanto como las del Africa occidental y la del Egipto.

Respecto de la primera se ha publicado en Berlín un nuevo cuaderno del Libro Blanco, que se titula:

«Las reclamaciones territoriales de los alemanes en las islas Fidji.» Contiene los documentos relativos a las reclamaciones de los súbditos alemanes en las islas Fidji cuando la toma de posesion de dichas islas por Inglaterra en Octubre de 1874, y a los trabajos de la comision especial que fué encargada de examinar los títulos de propiedad sobre las tierras adquiridas.

Las reclamaciones territoriales y peticiones de propietarios alemanes, relativas a esos hechos, que están reproducidas en el Libro Blanco, han sido continuamente objeto de quejas dirigidas por el Gobierno del imperio al Gabinete inglés.

El cambio de notas entre los dos Gabinetes

comienza en 31 de Octubre de 1874 con las reclamaciones de las casas alemanas. Luego, en 16 de Abril de 1875 el príncipe de Bismarck pide la proteccion de los intereses alemanes. El ministerio Salisbury se declara dispuesto a examinar las pretensiones de los súbditos alemanes. Pero las dificultades principian con el cambio de ministerio, y en 1882 se niega lord Granville a examinar la cuestion. En Abril de 1883 vuelve Alemania a la carga y pide la convocacion de una comision mixta encargada de examinar las reclamaciones, y lord Granville, remitiéndose a la decision del ministerio de las Colonias, declara esa convocacion imposible. El gobierno alemán replica diciendo que quiere conocer las ideas directas del gobierno inglés, no las del ministro de las Colonias, y el 31 de Diciembre reclama con nuevas instancias la convocacion de una comision mixta. El 11 de Enero de 1884 repite lord Granville que esa proposicion es inaceptable. Luego en Abril dice que él estaria bastante dispuesto a aceptarla; pero que el ministerio de las Colonias se opone a ello, y el 9 de Mayo propone someter al examen del gobierno inglés, las reclamaciones de los súbditos alemanes.

El gobierno alemán se niega a su vez a aceptar ese compromiso. Por último, el conde de Munster pudo dirigir al príncipe de Bismarck el siguiente despacho:

«He tenido varias entrevistas con lord Granville relativas a los asuntos de las islas Fidji.

Le ha advertido cuán seriamente considerais este asunto.

Lord Granville me ha declarado que el Gobierno inglés tiene la firme intencion de dar satisfaccion a vuestros deseos. Lord Granville propone el nombramiento de una comision compuesta de funcionarios ingleses y alemanes. Esa comision deberá examinar las demandas de indemnizacion recíproca y someter el re-

sultado de ese exámen á los dos Gobiernos.»

Los últimos documentos ofrecen menos interés, habiendo quedado resuelta la cuestión. El gobierno alemán, en nota de 4 de Agosto, anuncia que se hará representar en esa comisión por el cónsul general Krael, y el 16 de Setiembre del mismo año, lord Granville declara en una nota que los dos gobiernos están de acuerdo.

Respecto la cuestión de Egipto, la acción diplomática se halla en el siguiente estado:

Las potencias reclaman una información internacional destinada á establecer, sobre bases incontestables, la verdadera situación financiera del Egipto; recuerdan que M. Childers, en la conferencia de Londres, admitió el principio de esta información, y les parece que la misión confiada á lord Northbrook es una aplicación de este principio, aunque no consideran bastante completos ni comprobantes los resultados de la información abierta por el primer lord del almirantazgo. Los tres gobiernos imperiales, de acuerdo con el de la República francesa consideran que á la acción común deben preceder las investigaciones cuya necesidad proclaman.

No obstante, las Potencias reconocen que es urgente atender á las necesidades del Tesoro egipcio, así como al pago de las indemnizaciones de Alejandría. Pero en vez de una doble combinación financiera, hecha bajo la garantía exclusiva de la Gran Bretaña, proponen un sólo empréstito de nueve millones de libras esterlinas bajo la garantía de Europa. En las notas que han enviado á Londres las cuatro Potencias, aceptan desde luego esta garantía colectiva bajo la reserva del consentimiento de sus Parlamentos respectivos Francia, Alemania y Austria y el del Consejo de Estado Rusia.

La acción militar no ha dado grandes pasos, pues de una acción empeñada por el general Stewart en el Desierto se tienen noticias escasas, aunque parece que los ingleses sufrieron grandes bajas.

Ahora se dice que los envíos de tropas italianas al Mar Rojo, responden á una acción combinada de Italia y la Gran Bretaña, pero la noticia es tan grave que merece confirmación.

CÁRLOS MALAGARRIGA.

Los poetas y la poesía

I
La época que atravesamos es prosaica. Época de madurez y de reflexión lo es de positivismo y de frío cálculo; lleva todas las fuerzas á la cabeza y todos los goces á los sentidos. Época de análisis ha tenido que serlo de dudas, de descreimiento, de ingrata sequedad para el corazón, de tormentos y de angustias para el espíritu.

Mas como quiera que la ley de los contrarios es tan maravillosa como constante, en medio de esta atmósfera nebulosa y sombría y al través de esta especie de humosofocante y semilóbrego que nos envuelve, se ven discurrir destellos vivísimos de una luz que cautiva y embelesa, resplandores brillantes de un fuego que calienta y enamora.

¡Oh! ¿Y qué sería de la sociedad... qué sería de la humanidad, si al salir de la edad candorosa y crédula de la infancia, si al pasar del período fervorosamente emprendedor de la edad viril al de la madurez fría, escrutadora, apegada querenciosamente á la materia, consagrada con ahínco al culto del interés y al goce de los sentidos, marchase desbordada y sin freno y sin luz por los espacios caóticos de la duda, que agobia, y de la negación, que desgarrar el corazón y que seca el alma?

En semejantes períodos no basta que sistemática, que artificial ó artificiosamente se quieran evocar épocas y formas y modos de ser que pasaron, fuerzas que no se sienten, nombres, virtudes y proezas que ni siquiera se comprenden. Mentir una fé que no se tiene, simular unas creencias que no se abrigan, sino es obra de pérdida hipocresía, y por tanto obra satánica y funesta para la humanidad, es tarea asaz ridícula ó asaz pueril: es luchar contra la obra del tiempo: es luchar contra Dios, «que no es Dios de los muertos sino de los vivos.»

Reneguemos de miserables artificios, de hipocresías artificiosas. Postrémonos ante la infinita sabiduría del Ordenador de los mundos, que dió á cada vena su antidoto, á cada tendencia su contrapeso.

¿Habeis presenciado solos, en medio de un espeso bosque y de una noche tormentosa y lóbrega, romperse de repente el negro velo de una nube densa y brotar de su oscuro seno, luz vivísima y radiante, que ilumina majestuosa, aunque instantánea, el bosque y el espacio...? Perdidos entre la maleza y las breñas, acongojados por el amedrantador estallido del trueno y por la lluvia que hinchó los torrentes... ¿habeis notado, al aproximarse la alborada, irse vivificando vuestros sentidos y reanimando vuestro espíritu? ¿habeis percibido las deliciosas impresiones que embriagan el ánimo, al dulce trinar de las avecillas, al ruido acompasado del arroyuelo, al perfume que exhalan la tierra, las plantas y las flores? Aquella es otra atmósfera, aquel ya es otro cielo; camináis con paso más seguro; y os sentís poseídos de nueva vida... ¿no es verdad? ¡Pues bien! Después de esta noche lóbrega y caliginosa que atravesamos; después de los azares y congojas que pasamos, en medio de esta deshecha tormenta, en que los pilotos han perdido la brújula, en que no hay quien acierte á manejar el timón, en que la nave marcha abandonada á merced de los vientos vertiginosos y de las olas embravecidas... ese día viene; si, viene y con él las nuevas fuerzas, la nueva vida para la humanidad.

¿Quereis saber ahora quiénes son los que anuncian la proximidad de la alborada de ese día? ¿Quiénes son, para la transida humanidad, en tales situaciones, los que remedan, los que representan aquellos gorjeos de de las avecillas, aquel blando murmullo del arroyuelo, aquellas brisas suaves y embalsamadas con los aromas de las flores, de las plantas y de la tierra misma? —Pues son los poetas.

¿Quereis saber también, quienes son los que, en la lóbreguez de esta noche tremendamente borrascosa, rompiendo las densas nubes que cubren el horizonte, despiden rayos de esa luz vivísima que embelesa, chispas de ese fuego celeste que enciende los corazones y reanima los espíritus? —Los poetas.

Inflamados por el amor de lo bello, fortalecidos por la intuición de lo bueno, á los poetas fué dado siempre el sobreponerse á la caliginosa atmósfera, á las nubes tormentosas formadas por los deletéreos gases que naturalmente despiden toda sociedad en el período de su decadencia y descomposición.

Ellos fueron siempre los que pudieron predecir la tempestad y anunciar la bonanza. Génios de la luz, se destacaron siempre, como el iris, en medio de las nubes pavorosas cargadas de electricidad.

¿Qué otra cosa fueron sino los Orpheos y los Linos? ¿Qué los Homeros y Hesiodos? ¿Qué los Alceos y los Simónides? ¿Y qué, más adelante, los Ovidios y Virgilio? Reparad todas las tradiciones: leed la historia de las letras: los verdaderos vates, ora sagrados, ora profanos, no son otra cosa, ni significan menos que lo que acabo de decir: vaticinadores del porvenir.

Que el *Salmista* cante con sublime acento la gloria del Altísimo y la nada de las grandezas humanas ante la Omnipotencia y la excelencia de Jehovah. Que el *Profeta* con voz aterradora y frase candente clame contra los vicios y la iniquidad de sus tiempos, al sondar la corrupción de una sociedad sobre la que amaga ya la cólera celeste; y en medio de sus éxtasis vea de lejos mejores días y más venturosos tiempos... siempre hallareis en los poetas al poseído, al inspirado, al mensajero de la luz, que á destellos, cuando no sea á llamaradas, alumbrará á la humanidad, ora la lleve á sondear los tenebrosos senos del Averno, ora la guie por las risueñas praderas y frondosas vegas que conducen á los Eliseos campos.

No llegaré yo á tanto, como decir con un notable literato de nuestros días, que el poeta es, en el orden moral, el jefe de la humanidad de su tiempo; pero sí diré, que es el eco de su época, de la generación que pasa y de la generación que avanza, eco de los dolores, de las alegrías, de los temores, de las esperanzas y de las aspiraciones de la humanidad, en sus días.

Alzado en alas de su ferviente entusiasmo sobre la orla de oro de la cirrosa nube, que allá en el ocaso salva las cimas del Soracta, su espíritu avizor descubre desde allí, los arcanos que se encierran dentro de los más recónditos senos de la tierra: y entre el oleaje borrascoso de las pasiones, ve clarísimamente la dirección de las corrientes de la sociedad.

Desde allí llora, unas veces, las miserias y los dolores, los errores y los vicios de un pueblo esclavo de una sociedad pervertida... y es *Shakspeare* ó es *Dante*.

Canta otras veces, con noble acento y voz grandilocuente, los altos hechos y las inmarcesibles glorias de sus antepasados, á un pueblo que ya declina; y es entonces *Camoens* ó es *Taso*.

En épocas de bienandanza ó de apacible calma, pulsa la cítara ó tañe el rabel, ya para levantar el ánimo, por medio de sublimes emociones, ya para recrearle dulcemente con la imágen risueña de sencillos placeres; y llámase entonces *Sapho* ó *Anacreonte*.

Hasta en los períodos de descomposición, precursores de violentas sacudidas y de transformaciones sociales; hasta en esos períodos notabilísimos de excepción mo desgarrador y sarcástico, en lucha con los arranques más osados de altísimas aspiraciones... hasta

en esos períodos, sabe arrancar á su lira de oro sonidos armoniosos y vibrantes: y entonces se nombra *Lucrecio* ó *Byron*, *Goethe* ó *Espronceda*.

Es incuestionable que para mover y conmover es preciso sentirse conmovido; que equivale á sentirse inspirado: lo cual no es obra de la materia, sino del espíritu.

«Muchas veces oí—decía ya en su tiempo Ciceron—que no podía haber buen poeta (y tal era la opinión de Demócrito y de Platon) sin el fuego del espíritu, sin el fervor del alma, sin esa especie de arrebató que se asemeja al furor.»

Y en efecto, Platon decía: «Todos los buenos poetas épicos han escrito sus brillantes poemas á impulsos de cierta divina inspiración, más que á fuerza de estudio y de arte.»

«Así como los corybantes, cuando saltan, no lo hacen en su sano juicio, los buenos poetas líricos no escriben sus bonitos versos, sino cuando están como enajenados.»

«El poeta—repetía Ciceron—se forma por la misma naturaleza, se levanta con las fuerzas de su propio espíritu, y es como eco de una cuasi divina inspiración.»

Por eso Ovidio escribía:

*Est Deus in nobis, sunt et commercia caeli;
Sedibus aethereis spiritus ille venit*

«Intérpretes sagrados de los dioses—decía Horacio—son los poetas, los que humanizaron á los hombres, reuniéndolos en sociedad, contribuyendo á levantar ciudades, á dulcificar las costumbres, á civilizar los pueblos, ensalzando y grabando en los ánimos la idea de la justicia y la noción del derecho...»

*Sic honor et nomen divinis vatibus atque,
Carminibus venit...*

II

Siempre he tenido para mí que la poesía, como arte, necesitaba del ritmo y de la armonía, pero que así como el lenguaje supone la inteligencia, de la cual es, no sólo expresión, sino instrumento, y á la cual dá sombra y luz..., del mismo modo la poesía supone y necesita pensamiento generador, idea trascendente... algo como semejante á la visión del profeta ó á la alta elucubración del sábio.

Por de pronto, es un hecho, que la poesía fué de todos tiempos el modo de expresión de esa especie de vago presentimiento que condensa las grandes aspiraciones de la humanidad y refleja sus más levantados pensamientos. Y por más que el vulgo, á quien el ritmo seduce y subyuga la melodía, prodigue en todos tiempos y lugares el nombre de poeta, ó por lo menos lo concede graciosamente á todo ensamblador de frases sonoras, en períodos más ó menos cadenciosos... la severa voz de los siglos no decreta la corona de laurel, sino en favor de aquellos que han acertado á cantar los grandes dolores de la humanidad, á revelar sus más nobles aspiraciones, á penetrar en las oscuras sendas que la conducen á sus providenciales destinos; y sonando acá y allá el proceloso mar por donde navega, han sabido retratar el hervidero vertiginoso de las pasiones, y por medio de esos grandes resortes, conmover, despertar, electrizar... si vale decirlo.

Ritmo y armonía que complazcan solamente el oído: frase sonora, período cadencioso, acento musical... son indudablemente, entre otras condiciones, las más propiamente artísticas de la poesía: pero ellas solas no son la poesía. Por primoroso que sea el vestido, por embelesadoras que las formas sean, nunca producirán más que ruido, no serán otra cosa que juego de palabras, fuegos fátuos, sombras deleznales... si les falta el fondo, el espíritu, la idea, el *mens divinius*... decía Horacio.

La poesía mueve y conmueve iluminando. Por eso no basta que sea ruido: es preciso que sea luz. Destello esplendoroso de la verdad que se oculta entre los pliegues del infinito... eso es cabalmente la poesía.

Si se pusiera á discutir *modo silogístico*; si con el escalpelo del acompasado razonamiento se metiera en analizar y en inducir... no fuera poesía, sino teología ó filosofía; sería ciencia. Y una cosa es que el poeta sea filósofo y sábio, y otra muy diversa, que se ponga á filosofar por modo aristotélico ó por método baconiano.

No, la poesía no es la ciencia, pero sí un medio poderoso de difundir y de asegurar sus triunfos: no es la moral; pero sublimándola es su aureola, y la sirve de paladium. Sea inspiración, sea visión, es luz que ilumina, y, por lo tanto, que enseña. Y como no se puede enseñar sin saber, ni mover sin sentirse conmovido, de aquí que el verdadero poeta necesite tener bastante del sábio y no poco del profeta, ó siquiera del inspirado.

Ingenium cui sit, cui mens divinius atque os Magna sonaturum...

La poesía es de suyo espiritual y de origen divino. Por eso es refractaria al descreimiento y á los estrechos horizontes del materialismo. Por eso los partidarios de éste, en lo general, la desdennan. Por eso no fué poeta Voltaire. Por eso, los hombres más prodigamente dotados para rendirle culto, esterilizaron sus poderosas facultades, una vez entregados en brazos del excepticismo y de la negación. Esto es visible en Byron en Heine, en Espronceda. No á otra causa se debe lo híbrido de tanto y tanto ingenio en nuestros días.

Si en medio de su materialismo doctrinal triunfan al fin la inspiración y el arte en Horacio, en Lucrecio, en Pope, en Goethe y en algún otro..., es porque en ellos triunfó también de la duda la creencia, y de la estéril negación la fé creadora. Porque fé tiene y en algo cree el que sabe elevarse á las regiones de lo ideal, el que acierta á despertar con sus obras el sentimiento intangible é inabarcable de lo absoluto, de lo necesario, de lo infinito, de lo armónico en lo vário y en lo uno.

Después de todo, Horacio como Lucrecio, y Pope como Goethe, han enseñado deleitando y moviendo: han sondado en lo profundo de la ciencia y de la conciencia humanas, y removido los grandes resortes del corazón y del espíritu.

¿Cuánto no hubieran podido hacer en ese orden Byron, Heine y Espronceda! Bien se vé, que cuando el génio artístico de cada cual de ellos, libre del sérvit yugo del materialismo seco y prosaico ó del excepticismo mordaz, pero infecundo, se lanza en alas de algún sentimiento noble y levantado á las puras regiones de lo inmaterial: cuando excitada su poderosa inspiración por el entusiasmo, sus almas se sienten conmovidas por el amor á la patria, á la libertad ó á la gloria, bien se vé que entonces saben ser poetas, y que lo son como ninguno. Hasta cuando, merced á la ironía de su incredulidad, se arrojan al suelo desde las alturas á donde les ha levantado un entusiasmo y un fervor momentáneos, en su misma caída, en su propio despecho, son muchas veces admirables: son torrentes de armonía, de que brotan centellas de ingenio y raudales de inspiración.

No es tan armonioso ciertamente, no es tan correcto, no es quizá tan artista como ellos Victor Hugo; y, sin embargo, es más poeta, en la pura y verdadera acepción de esta palabra. Victor Hugo es uno de esos vates que sabe mover y conmovir, deleitar y enseñar, ver en medio de las tinieblas, sondar las llagas de la humanidad, penetrar en las profundidades del corazón y levantar el espíritu á las regiones excelsas de lo infinito.

«El arte moderno, ha dicho el insigne vate portugués Guerra Junqueiro, en la raza latina especialmente, es hijo de una sociedad que perdió la creencia religiosa, sin haber aún adquirido la convicción científica.

«De ahí el excepticismo moral, ese vérmes que reo hace cincuenta años una literatura que, á lo que parece, morirá de escrófulas.

«El arte sabe hoy dibujar perfectamente todos los estados valetudinarios del alma: desde los pantanos de la hipocondría, hasta las alucinaciones de la neurósis. Por el lado de las formas es de una corrección geométrica, pintoresca, inmejorable: cada adjetivo es un bisturí.

«Fáltale el sentido moral, y le falta la alegría. No la alegría de lo paradójico, sino la alegría heroica, sincera, verdaderamente humana; la que sirve de oxígeno al espíritu; la que proviene de la nobleza del carácter, de la conciencia tranquila, de la salud robusta.

«El siglo XIX ha unido los continentes por el telégrafo y los espíritus por la fraternidad: emancipó á Bélgica, á Grecia, á España, á Portugal, á Italia: destruyó antiguos dogmas: inventó la locomotora y abrió el Istmo de Suez: resolvió el problema político y formuló el problema social: descubrió la ley de las corrientes marítimas, la ley de las tempestades y la ley de la historia: con el telescopio vió lo infinitamente grande; con el microscopio lo infinitamente pequeño: sondeó los mares; abrió las montañas; estudió los idiomas; examinó las razas; liquidó el universo.

«Ahora bien: una literatura dá la medida de una sociedad. Es un axioma de crítica. Pues si preguntamos á la literatura de nuestro tiempo, ¿qué es lo que ha producido la sociedad moderna? la literatura responderá: *Adulterios y anémias.*»

Entra luego bizarramente el joven crítico y poeta á explicar esa contradicción; y áun cuando, á nuestro modo de ver, toma por causas los efectos, y su escalpo se detiene en la superficie, no por eso dejan de ser sus observaciones atinadísimas; y la verdad de ellas, le lleva como por la mano á poner el dedo en la llaga, como si digéramos.

En general, el poeta moderno no comprende su tiempo; ignora los resultados asombrosos de la química, de la geología, de la etnografía, de la lingüística. Vive fuera de la ciencia y fuera de la industria. No conoce la oficina, pero conoce el *boulevard*. No ha visto un laboratorio, pero frecuenta el *restaurant*. Sabe los escándalos, conoce las *cocotes*, asiste á todos los teatros, fuma nicotina, bebe coñac, se siente flaco, melancólico, impotente... y de todo esto saca la siguiente conclusión: *La vida es un sueño y el mundo está perdido.* De cuando en cuando sufre tristezas cenagosas, sombríamente ridículas. Vive en un ambiente artificial de fantasías caprichosas. La *originalidad* le preocupa.—Originalidad en este caso quiere decir, aberración.—Avalora la sociedad tan sólo por su exterior; por el lujo, el café, el burdel, las anécdotas. Esto, en suma, es la demagogia artística, el ateísmo literario.

«De aquí que la poesía moderna completamente extraña á las grandes corrientes del trabajo y de las ideas,

no pueda por modo alguno darnos la medida exacta de la sociedad actual.»

Para determinar luego la verdadera alta misión social del poeta, entra á examinar el ideal de la poesía.

«Si todos los fenómenos, dice, de la naturaleza física, como los del mundo moral, áun los más incoercibles y apasionados, como las tempestades y el amor, obedecen á leyes de armonía y de justicia... ¿por qué la poesía, que va forzosamente á buscar sus asuntos á una otra ó á entrambas series de fenómenos, no habría de ser gobernada por las leyes mismas que á éstos rigen?»

«¿Cuál es el tema del arte?—El universo.—¿Cuál es el principio que le domina?—La justicia.—¿Cuál será, pues, el ideal artístico?—La justicia también.»

Adelantándose á los impugnadores de esta doctrina, contesta á la más fuerte objeción que hacerse pudiera, diciendo: que la idea de justicia no es una pura abstracción, ni ha de tomarse por justicia lo que á cada individuo diga su conciencia. La justicia tiene órganos: es la conciencia universal. Y puesto que cada fenómeno físico, ni más ni ménos que cada pasión ó cada efecto, tienen su ley; el violarlas, el infringirlas y el negarlas, desconocer las ó combatir las será siempre lo injusto.

Deduca de esta teoría dos corolarios. Uno, el de que el arte ha de tener carácter de universalidad. Otro, que debe también tener carácter progresivo.

«Esto sentado», añade, el poeta debe ser justo de dos maneras: *afirmando el bien y negando el mal.* Existe en el mundo un dualismo eterno. Toda cuestión tiene dos lados; como toda medalla tiene dos caras. No basta hacer la apoteosis de Cristo; se necesita execrar á Júdas. No basta cantar la flor; es necesario extirpar el gusano.»

Tomás Rodríguez Pinilla.

El prólogo de una biografía

del marqués de

Santa Cruz de Marcenado

Los *Comentarios*, de César, las *Reflexiones militares*, del marqués de Santa Cruz, y los *Discursos*, de Luis Blan, pueden abrir, cada obra en su tiempo, las puertas de una Academia. VILLAMARTIN.—*Obras selectas*, página 64.

I.

Triste es decirlo, pero no debe callarse, porque el único medio que existe para que las naciones se corrijan de sus defectos es censurarlos un día y otro día con aquella severidad, no exenta de cariño, que usan los padres cuando reprenden á sus hijos. Triste es decirlo; pero desde el momento en que se inició la idea de conmemorar solemnemente el segundo centenario del nacimiento del marqués de Santa Cruz de Marcenado, en calles y en paseos, en teatros y en casinos, en visitas y en tertulias, en público y en privado, se ha oído de continuo esta pregunta:—¿Por qué se trata de rendir un tributo de público aplauso á la memoria de ese D. Alvaro Navia-Osorio (1) marqués de Santa Cruz de Marcenado y vizconde de Puerto, cuyos merecimientos son para la generalidad de todo punto desconocidos?

Así como las familias que *vienen á ménos*, según vulgarmente se dice, suelen olvidar las grandezas de sus progenitores, ó si las recuerdan, no se atreven á hablar de ellas por miedo de que la comparación entre su pasado y su presente ofrezca ocasión á la burla de los malévolos, así también las naciones en su decadencia, parece que pierden hasta el recuerdo de sus pasadas glorias, ó que no se atreven á conmemorarlas; y por razones contrarias á las que acabo de exponer, cabe decir que el florecimiento de los estudios históricos, es signo evidente de progreso en la vida de los pueblos.

¿Dónde han nacido los grandes historiadores de la edad presente? En Inglaterra, en Alemania, en Francia, en las naciones que se hallan á la cabeza de la civilización europea, y *aún puede decirse*, á la cabeza de la civilización del mundo. Si por excepción de regla la Península Ibérica presenta un historiador eminente, el gran Alejandro Herculano, su *Historia de Portugal* queda sin concluir, como indicando que hoy la patria del P. Juan de Mariana, no se cuida de enlazar las glorias de su pasado, con las esperanzas de su porvenir, como indicando que se halla rota la tradición histórica de Portugal y de España, como rota se halla también la unidad política que ambos pueblos deberían constituir, para realizar los grandes ideales de la gente ibérica.

II.

Pero si el ánimo se apesadumbra al considerar el olvido

(1) Escribo D. Alvaro Navia-Osorio sin usar la partícula de, y formando de los dos apellidos, Navia y Osorio, uno sólo, porque así firmaron los antecesores de nuestro D. Alvaro, y así firma el actual marqués de Santa Cruz de Marcenado, don D. José Navia-Osorio. En un artículo escrito por D. Fermín Canella Secades, titulado *Los Navia-Osorio de Anleo*, que ha visto la luz pública en *El Carbayon*, periódico de Oviedo, se dice que en 1320 fundó mayorazgo D. Alvaro Perez de Navia, capitán de la conquista de Granada, y por su matrimonio con doña Elvira Osorio, de la casa de los marqueses de Astorga, sus descendientes unieron siempre los apellidos Navia y Osorio, formando de ellos uno, con el cual son conocidos en la Historia los marqueses de Santa Cruz de Marcenado.

en que viven, ó mejor dicho el olvido en que mueren las más legítimas glorias de España, si cuando sobre este punto se fija la atención, se teme que el porvenir de nuestra cultura nacional sea muy poco lisonjero; si en estos momentos viene á los labios la palabra *decadencia* para calificar el estado social de nuestra patria, también es cierto que cuando se vé que la opinión pública acoge con simpatía y presta su apoyo á todo pensamiento que redunde en honra y gloria de los insignes varones, cuyos merecimientos se hallan injustamente olvidados, renace la esperanza y se llega á pensar, que, acaso lo que aparece como crepúsculo del día que concluye, sea la tenue luz del nuevo sol que ha de iluminar en plazo más ó ménos breve los grandiosos horizontes de la civilización ibérica.

Cierto es que hace algunos meses era muy escasamente conocido el nombre del marqués de Santa Cruz de Marcenado; pero ha bastado recordar que el día 19 de Diciembre del corriente año, se cumplía el segundo del centenario de su nacimiento, para que sociedades de gloriosa tradición científica, como el Ateneo de Madrid; asociaciones militares de reconocida importancia, como el Centro del Ejército y de la Armada; corporaciones de carácter oficial, como la Real Academia de la Historia; respetables generales; escritores ilustres y renombrados estadistas, ajenos á la profesión de las armas; periódicos y revistas; en suma, todos los elementos que representan, ya individual, ya colectivamente, el espíritu y la vida del ejército, y áun de la nación entera, se hayan apresurado á rendir público testimonio de admiración al mérito eminente del inmortal autor de las *Reflexiones militares*, y al caudillo que murió en tierra africana, lidiando valerosamente para salvar la honra de la bandera española, á su cuidado encomendada.

III.

Y no se crea que lo escrito en el párrafo que antecede es tan solo la expresión de esas vagas generalidades con que se suele encubrir muchas veces la carencia de hechos concretos y de nombres respetables. Todo lo contrario acontece en la ocasión presente. Saldria este escrito de los límites de la extensión que debe tener, si se citasen aquí todos los hechos y todas las personas que han contribuido á la solemne conmemoración de la gloria del ilustre marqués de Santa Cruz de Marcenado. La Junta Directiva del Centenario ha sido presidida por el teniente general señor marqués de San Roman, y de ella han formado parte los tenientes generales Ros de Olano, O'Ryan, Pavia y Rodríguez de Alburquerque, Lopez Dominguez, conde de Oricain y Ruiz Dana; los ex-ministros D. Manuel Becerra y D. Manuel Pedregal; los mariscales de Campo, Gomez de Arceche, Bermudez Reina, La Llave, Ibañez (D. Carlos), Coello, Guillen Buzarán y Arroquia; los brigadieres Alvarez de Araujo, Moreno (D. Martiniano), Santelices, Eulate, Ameller y Fernandez Ibarra; los ilustrados marinos don Javier de Salas, D. Cesáreo Fernandez Duro y don Pedro de Novo y Colsón; los aplaudidos maestros compositores de música D. Emilio Arrieta y don Francisco Asenjo Barbieri; los jefes y oficiales Centaño, Lamas y Navia-Osorio, Lambea, Mesa (don Juan), Tejero, Lopez Garbayo, Avilés, Valhondo y Alvarez Zendera; los publicistas Maldonado Macanáz, Chacon, Salinas, Alvear, Bonelli, Mas (don Leoncio), Capdepon, Carrasco (D. Adolfo), Suarez Inclan, Garcia Martin, Ami, Fernandez Bremon, Cotarelo, Bruna (D. Ramiro), Suarez de Figueroa, Leopoldo Cano, Jáques, Hernandez Raimundo, La Iglesia, Benitez, Prieto, Pardo, Romero Quiñones y Zancada; en suma, hallábanse representados en la Junta Directiva del Centenario, no solo las armas, sino también las letras y las artes; militares y no militares se habian congregado para llevar á cabo el patriótico pensamiento de honrar la memoria del preclaro escritor marqués de Santa Cruz de Marcenado.

IV.

En los certámenes literarios convocados por el Centro Militar y por la Junta Directiva del Centenario, han sido premiados los Sres. D. Emilio Prieto, D. Angel de Altolaguirre, D. Miguel Carrasco, D. Cándido Ruiz Martinez, D. Juan de Madariaga, D. Francisco Javier de Salas y Carbajo, y el catedrático del Instituto de Badajoz D. Maximo Fuertes Acevedo.

En el número extraordinario de *La Ilustración Nacional*, verdadero monumento levantado por el Sr. Zancada, para glorificar la memoria del marqués de Santa Cruz de Marcenado, se hallan las firmas de gran número de los generales, jefes, oficiales y escritores antes citados, y además las de los capitanes generales, duque de la Torre y conde de Cheste; tenientes generales, marqués de Fuentefiel, Salamanca y Martinez Plowes; mariscales de Campo, Daban, Reina (D. Tomás) y Servet; y brigadieres Jimenez Palacios, Goycoechea y Ochando. En este número de *La Ilustración Nacional*, se hallan también poesías, pensamientos y artículos de los celebrados escritores Campoamor, Saleta, Hermúa, Madariaga, (D. Federico y D. Juan), Fernando de Gabriel, Ortiz de Pinedo, Caruncho Carlos Cano, Zarazaga, Barutell, Serrate, Diaz Rodriguez, Garcia Bruna, Ferrari, Adolfo Llanos, Siles y Alfonso Ordax.

El Carbayon, periódico de Oviedo, ha consagrado dos números extraordinarios á honrar la memoria del marqués de Santa Cruz de Marcenado, con ocasión de el cumplirse segundo centenario de su natalicio. En el primero de estos números aparece una biografía del Marqués, escrita por el capitán de Artillería D. Manuel Somoza y Garcia Sala, y en el segundo un artículo de D. Fermín Canella Secades, acerca de los antecedentes genealógicos de los Navia Osorio de Anleo.

Co forme á lo que aparece en estas disquisiciones eruditas de los Sres. Somoza y Canella los abuelos paternos del autor de las *Reflexiones militares*, lo fueron: D. Juan Alonso Navia Osorio y doña Juana Teresa Argüelles, y los maternos don Sebastian de Vigil, primer marqués de Santa Cruz de Marcenado, y doña Isabel de la Rúa; de modo que D. Alvaro llevaba los apellidos de Navia Osorio, Vigil, Argüelles y Rúa.

La *Correspondencia Militar* ha publicado tambien un número extraordinario en que se copian algunas máximas notables de las muchas que abundan en las páginas del magistral tratado de milicia del marqués de Santa Cruz de Marcenado, la poesía de D. Emilio Prieto, premiada en el Certámen de Centro Militar, y el resumen del juicio de las *Reflexiones militares*, obra tambien del Sr. Prieto, igualmente premiada en el dicho Certámen.

El inteligente y activo director de la *Revista Científico-Militar*, de Barcelona D. Arturo del Castillo, haciendo una elegante edicion de las *Reflexiones militares* á cuya cabeza figura una erudita biografía del autor, escrita por el teniente coronel de Artillería D. Javier de Salas y Carbajo, y un notable estudio bibliográfico del capitán de Ingenieros D. Joaquín de la Llave y Garcia, ha contribuido muy poderosamente á que sean conocidos los méritos del vizconde de Puerto (1).

Nada diré aqui de las biografías del marqués de Santa Cruz de Marcenado, que há pocos días aparecieron en *El Globo* y en *El Siglo Futuro*, ni del artículo encomiando los méritos del marqués, que el reputado escritor D. Augusto Suarez de Figueroa ha publicado en *El Imparcial*; pero no se debe pasar en silencio que además de estas manifestaciones literarias, digamoslo así, realizadas en hora y gloria del insigne autor de las *Reflexiones militares*, el gobierno, y hasta el jefe del Estado, han venido á dar su poderosa sancion á las solemnidades del Centenario; y tampoco debemos callar que la Iglesia católica, celebrando una funcion religiosa en la basílica de Atocha, en la cual pronunció el discurso panegirico del defensor de Oran el R. P. Cámara, obispo auxiliar de Madrid, ha consagrado la gloria humana que se conmemoraba en los límites que lo permiten las prescripciones de la disciplina eclesiástica.

VI

No es ahora ocasion oportuna para relatar el modo y forma con que se verificaron las veladas del Centro Militar y del Teatro Real (2) consagradas á conmemorar la gloria de D. Alvaro Navia-Osorio. Tampoco es ocasion oportuna para recordar las particularidades de la gran retreta dispuesta por el capitán general de Castilla la Nueva, Sr. Terreros, ni para referir la parte que tomaron las músicas de la guarnicion en las solemnidades del Centenario; pero sí debe consignarse que el jefe del Estado, el rey Don Alfonso XII presidió la funcion religiosa de Atocha, asistió á la velada del Teatro Real y pasó revista á las tropas de la guarnicion de Madrid para honrar la memoria del teniente general marqués de Santa Cruz de Marcenado, con ocasion de cumplirse el segundo centenario de su nacimiento.

Fácilmente se comprende, despues de todo lo que ya queda dicho acerca de las solemnidades del centenario, que en los momentos que escribo estas líneas, á la pregunta:—¿Quién es el marqués de Santa Cruz de Marcenado?—hay ya muchas personas que saben contestar, diciendo que es el autor del mejor tratado de milicia de cuantos se escribieron en el primer tercio del siglo XVIII, y que hablando en general

(1) La *Revista Científico-Militar* ya había publicado en el tomo I de su segunda época la biografía y retrato de don Alvaro Navia-Osorio, y en el tomo III un elogio y breve extracto de las *Reflexiones militares*.

El Sr. Castillo es uno de los pocos escritores que han contribuido á que no se olvidase por completo el nombre y la gloria del marqués de Santa Cruz de Marcenado.

(2) En la velada del Teatro Real, el vicepresidente del Ateneo de Madrid, que lo es en la actualidad el inspirado poeta D. Gaspar Nuñez de Arce, ocupó un puesto en la mesa presidencial al lado del presidente de la Junta Directiva del Centenario, señor marqués de San Roman.

Tambien el Ateneo honro al autor de estas líneas, invitando el para que diese una conferencia con el tema: *Elogio del Marqués de Santa Cruz de Marcenado*, en los días que se verificasen las fiestas del Centenario. Confiando en la benevolencia de mis consocios acepté esta invitacion, y en la noche del sábado 20 del corriente mes y año (Diciembre de 1884) consagré una conferencia al desenvolvimiento del tema que se me había indicado.

Antes de terminar esta nota, y como complemento de la mencion de las fiestas del Centenario, que en el texto se hace, se debe consignar aqui que el capitán general de Galicia, señor conde de las Quemadas, pasó una revista á las tropas de la guarnicion de la Coruña en honor del marqués de Santa Cruz de Marcenado; y que se ha dicho que el coronel del regimiento de Asturias solicitó que viniese á Madrid una compañía con bandera para asistir á las solemnidades del Centenario del vizconde de Puerto, que fué maestro de Campo del tercio de Asturias, y que desde su creacion [en 1703 hasta el año de 1718, mandó el regimiento que aún conserva la denominacion del antiguo tercio de que procede.

Por último, tambien debe consignarse aqui que el ayuntamiento de Navia dispuso que se celebrase una solemne funcion religiosa en la iglesia parroquial de Santa Marina del Puerto de Vega en el día en que se cumplió el segundo centenario del nacimiento del ilustre D. Alvaro Navia-Osorio.

puede decirse, que el nombre del autor de las *Reflexiones militares*, figurará siempre al lado de los mas insignes tratadistas antiguos y modernos de la ciencia y del arte de la guerra. Y si esto no bastase para su gloria, ya comienza á reconocerse el mérito de su tratado de ciencia económica, titulado: *Rapsodia económica política-monárquica*, y la alteza de miras con que concibió el proyecto de formar un gran *Diccionario Universal* de los conocimientos humanos, antes de que los filósofos franceses del siglo XVIII llevaran á cabo una obra semejante en la famosa *Enciclopedia*. Lo que Voltaire, L'iderot D'Alembert y los demás enciclopedistas hicieron, esto es, encerrar en una sola obra el resumen de toda la sabiduria humana, conforme al criterio de la filosofía sensualista, lo queria realizar el ilustre marqués de Santa Cruz de Marcenado no poniendo la ciencia al servicio del pensamiento de una escuela filosófica, sino con el exclusivo fin de procurar contribuir al progreso y popularizacion de todo orden de conocimientos científicos.

VII

Si el general Navia-Osorio murió heroicamente, y si el autor de las *Reflexiones militares* es digno de eterna memoria, ¿qué se ha de decir del opulento aristócrata que trueca el regalo de su casa solariega por el peligro de los combates y las fatigas de las campañas?

¿Qué se ha de decir del ilustre patricio, que no percibiendo los sueldos que le corresponden en los cargos diplomáticos, que á su discrecion se confia, gasta todas sus rentas, y hasta empeña sus bienes patrimoniales, para que el decoro de su patria no padezca menoscabo entre las naciones extranjeras?

Tal fué D. Alvaro Navia Osorio, tercer marqués de Santa Cruz de Marcenado y vizconde de Puerto, y así aparece dibujada su noble figura en la biografía escrita por D. Angel de Altolaguirre (1), á que estas líneas sirven de prólogo; biografía que ha obtenido por unanimidad el primer premio en el certámen convocado por el Centro del Ejército y de la Armada, para contribuir á la solemne conmemoracion del segundo centenario del natalicio del insigne autor de las *Reflexiones militares*. El señor Altolaguirre ha escrito un relato biográfico digno de elogiarse, así por las muchísimas noticias nuevas que contiene, como por la buena crítica con que el autor ha destruido gran número de errores que habían cometido los anteriores biógrafos. Este prólogo traspasaría los límites en que debe encerrarse, si hubiesen de consignarse aqui todos los puntos que el Sr. Altolaguirre ha analizado discretamente, contrariando muchas veces, ya con pruebas documentadas, ya con lógicos razonamientos, las opiniones que corrian como verdades inconcusas entre los biógrafos del marqués de Santa Cruz de Marcenado. Talento y laboriosidad son las dotes más estimables en los escritores didácticos, y ambas las posee el Sr. Altolaguirre, á juzgar por el escrito en que ahora me ocupo. ¿Es esto decir que carece de efectos la biografía del marqués de Santa Cruz de Marcenado, que se leerá á continuacion de estos renglones? ¿Qué obra humana no lo tiene? Si en vez de un prólogo escribiese yo un exámen crítico diría... no, la pretericion seria aquí una figura retórica de muy mal gusto, y por lo tanto me limito á felicitar sinceramente al Sr. Altolaguirre por el feliz resultado que ha obtenido en su primer ensayo de escritor, porque quien así empieza, puede aspirar á triunfos intelectuales que lleguen á ser verdaderas glorias de nuestra literatura nacional

LUIS V. DART.

Madrid 3 de Diciembre de 1884.

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH (2)

Un año despues del triunfo alcanzado por D. Antonio Garcia Gutierrez con *El Trovador*, ofreció otra sorpresa igual la escena española, y otro genio, desconocido tambien y de humilde condicion, llamaba á las puertas de la inmortalidad, una de las últimas noches del mes de Enero de 1837.

Estrenábase en ella un drama nuevo, que era obra, segun decian, de un joven artesano, cuya excesiva modestia, retraimiento y esquivo carácter prometia bien poco sabor á los frutos de su pluma; y con este motivo, en el teatro de la Cruz se despachaban á su gusto los críticos maleantes, haciendo caer una lluvia de bromas y epigramas sobre el infeliz autor y presagiando una segura derrota al pobre menestral metido á poeta.

Yo, que le conocia, dice el Sr. Mesonero Romanos, aunque muy ligeramente, opinaba todo lo contrario, y efectivamente, no bien se

(1) El Jurado que ha concedido por unanimidad el primer premio al Sr. Altolaguirre, como autor de esta biografía, es, taba formado por el mariscal de Campo D. Antonio Daban-presidente; el capitán de Estado Mayor D. José Ignacio Chacon, secretarios; y vocales, el señor marqués de Grimaldi, D. Julian Suarez Inclan, D. Emilio Prieto, don Pedro Novo y Cólson, D. Arturo Zancada y el autor de estas líneas.

(2) Esta biografía es un capítulo del libro titulado *Músicos, poetas y actores* por D. Carlos Guara y D. Antonio Guerra y Alarcon.

escucharon las primeras escenas del apasionado drama *Los amantes de Teruel*, no bien fueron desarrollándose ante los ojos del público aquellas bellezas de primer orden en sus interesantes situaciones, sus simpáticos caracteres y poética locucion, el público, entusiasmado, prorrumpió, como en el estreno de *El Trovador*, en atronadores aplausos, y pretendió igualmente la presentacion del autor en las tablas; pero éste, cuitado y receloso, había ido á esconderse y no se hallaba en el teatro, habiéndose de contentar el público con saber únicamente que el nombre del autor era el poco eufónico y castizo de JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH, nombre glorioso, que desde aquel día suena en nuestros oídos como uno de los más preclaros de la patria literatura.

Desde aquel momento ocupó Hartzzenbusch el primer puesto entre los escritores españoles contemporáneos; nadie pudo disputarle ese honrosísimo puesto, tanto más honroso, cuanto que el eminente escritor no se educaba para tanto en el modesto taller de ebanista de su honradísimo padre, oficio que empezó á aprender Hartzzenbusch y que se complacía en recordar en el seno de la amistad aquel tiempo en que vivió en relaciones íntimas con el cepillo y el barniz.

Hartzzenbusch es un ejemplo insigne de la irresistible y proverbial fuerza de lo que se llama vocacion. Nacido y educado en el taller de un menestral, sin el menor estímulo, antes bien con el obstáculo poderoso, entre otros muchos, que debió oponerle, la desaficion de su padre al teatro y á la bella literatura, todo parecia que se conjuraba para apartarle de aquel camino; Hartzzenbusch, sin embargo, conoció y cultivó la literatura dramática, ó mejor dicho, quiso ser y fué.

Todo lo que ha sido lo ha debido á su talento, á su afán de saber, á su estudio y aplicacion constantes.

El hijo del ebanista llegó á ser uno de los primeros autores dramáticos, individuo de número de la Real Academia Española, Caballero gran cruz de las órdenes de Isabel la Católica y Carlos III y Director de la Biblioteca Nacional.

En los ratos que le dejaba libre su oficio, estudiaba, y tanto y con tanto aprovechamiento estudiaba, que al fin, despues de dar algunas obras al teatro con vária fortuna, dió *Los amantes de Teruel*, drama que vivirá eternamente en nuestra literatura, como los de Calderon y las comedias de Lope y Tirso de Molina.

El instinto dramático pudo más que las trabas sociales; lo mismo ha sucedido siempre que aquel, como todos los instintos, existe verdaderamente poderoso y robusto; tampoco bastó la barrera del claustro á cerrar la puerta de los triunfos escénicos á Tirso de Molina; tampoco logró apartar de la carrera de las armas al vencedor de Lepanto una crianza dirigida á hacerle abrazar la profesion religiosa; como una misteriosa sirena atrajo el claustro á su santa sombra á aquel gran vástago de la belicosa estirpe de los Guzmanes, Santo Domingo, el fundador.

Querer apagar el instinto que cual chispa del genio ilumina la inteligencia de algunos hombres, es tan absurdo como pretender extinguir el fulgor de una estrella.

Violentar las nobles inclinaciones, es cometer un crimen moral.

Dejemos siempre paso al talento y la aplicacion en cualquier criatura que se manifieste.

Así veremos hombres que, como nuestro insigne poeta, se elevan desde el taller de un menestral á los puestos más elevados, ganándose la admiracion de todo el mundo

La criatura nace con facultades determinadas para una ciencia ó un arte; coartar sus derechos, es matar la inspiracion, es apagar la luz de un genio que podria iluminar algunas generaciones.

Nació nuestro poeta en Madrid el 6 de Setiembre de 1806, y su padre, de origen alemán como indica su apellido, procuró darle una educacion que estuviese en armonía con las raras aptitudes que el niño revelaba desde

sus más tiernos años, sin aspirar por eso á hacerle abrazar una profesion literaria.

Cursó latin y dos años de filosofía en San Isidro, emprendiendo despues el oficio de su padre. A pesar de las rudas tareas á que se hallaba dedicado, aprendió en los ratos de ocio los idiomas francés é italiano, y el arte de versificar en la poética del Padre Losada. Leía por entonces cuantas comedias llegaban á sus manos, y ávido de presenciar un espectáculo en el teatro, á fines de 1821, aprovechó con su hermano Santiago una corta ausencia de su padre y algunos ahorros destinados á comprar figuras de nacimiento, para asistir á una funcion del Príncipe, cuyo programa consistia en la ópera de Rossini, titulada *Antinoo en Eleusis*, un baile pantomímico, en que era protagonista un borracho, y el sainete de D. Ramon de la Cruz, *El Tordo*.

Las sensaciones que experimentó en aquella memorable noche, sirvieron desde luego de poderoso aliciente á su vocacion, y más tarde fueron fecundas en felicisimos resultados.

Sus primeros ejercicios literarios se redujeron á traducir del francés algunas comedias en prosa y á escribir una imitacion de la *Adelaida Duguesclin*, de Voltaire, obra que publicó primero con el título de *Doña Leonor de Cabrera*, y despues con el de *Floresinda*.

Dominado, no obstante, Hartzenbusch por la idea de restaurar nuestro teatro antiguo, en 1829 hizo una refundicion de *El amo criado*, de Rojas, á la que siguieron la de los *Empeños de un acaso*, de Calderon, y la de *La confusion de un jardín*, de Moreto.

Con la esperanza de lograr la representacion de estas dos últimas refundiciones, se prestó á arreglar una comedia de D. Fermín de Laviano, muy representada en el siglo pasado, y *La Restauracion de Madrid* que así se titulaba la obra, fué estrepitosamente silbada. A consecuencia de este fracaso no se pusieron en escena *La confusion de un jardín*, ni los *Empeños de un acaso*, ni las traducciones de *Edipo*, de Voltaire, y de la *Mélope*, de Alfieri, ni su tragedia original titulada *Medea*, ni su drama *Don Fernando de Antequera*.

Al aparecer entre nosotros los primeros destellos del romanticismo moderno, ganaba Hartzenbusch su jornal en el Estamento de Próceres.

En 1830, cuando murió su padre, abandonó por completo la ebanistería, y como las letras no le daban para vivir, pensó en buscar ocupacion decorosa para proporcionarse en ella los medios seguros de subsistencia.

Por aquellos tiempos, y de muy anterior, habia fundado la Sociedad Económica Matritense una Escuela de Taquigrafía, que desde entonces ha venido sosteniendo con el aplauso de propios y extraños.

Hartzenbusch vió en esta enseñanza asegurado su porvenir, como lo encontraron, en efecto, otros, pues el ilustre escritor y distinguido historiador contemporáneo, Sr. Ferrer del Río, tambien acudió á la Taquigrafía para poder resistir los rigores de la fortuna. Matriculóse, pues, Hartzenbusch en 1831 en las cátedras taquigráficas de la Económica Matritense. Terminó sus estudios en 1834, mereciendo un premio en los exámenes públicos de aquel curso (2), y un año despues, en 1835, consiguió una plaza de taquigrafo en la *Gaceta de Madrid*, primer horizonte tranquilo que sonriera al poeta.

(2) No omitiremos aqui una circunstancia curiosa, ó mejor dicho, un dato importante. Era entonces Director de la Matritense el Excmo. Sr. D. Antonio Sandalio de Arias. Los exámenes de Taquigrafía revestian por aquella época cierta solemnidad aparatosa que hoy han perdido. Ante un escogido público presentáronse en 1834 los alumnos premiados, y el que presidia aquel acto, el Director de la Económica Matritense, pronunció un extenso discurso haciendo la historia de la Taquigrafía, encareciendo su importancia y alentando á la juventud para que con el ejemplo de los premiados se estimulase al estudio.

Al acabarse el acto los señores Hartzenbusch y Ferrer del Río, que habian sido de los premiados, presentaron en cuartillas el discurso del Director, perfectamente traducido, y como muestra de su aplicacion, y mayormente para justificar la justicia con que el tribunal les habia dado los dos primeros premios.

Hé aqui cómo se expresa el académico don Antonio Ferrer del Río describiendo á nuestro insigne biografiado en la *Galeria de la literatura española*, compañero de Hartzenbusch durante el tiempo en que aprendió y ejerció el arte taquigráfico:

«Tan fácil nos parece llegar á poseer con perfeccion la parte teórica de la Taquigrafía en los tres primeros meses del curso, como difícil fijarse en las facciones de los muchos que se matriculan anualmente aspirando á seguir la palabra. Se disminuye de dia en dia el número de alumnos. Pasadas las vacaciones empieza la práctica por Febrero, y ya se saludan todos como condiscípulos antiguos, y no es comun ver allí ninguna cara nueva. Cursábamos nosotros ese arte, que es á la escritura lo que el vapor á la navegacion, por el año de 1835 bajo la direccion de D. Sébastian Eugenio Vela. Desde las primeras lecciones de práctica, nos apercibimos de la presencia de un individuo igualmente desconocido para todos: se sentaba en el último puesto: vestia pobre y aseado traje: su capa azul, todavia en uso, parecia cortada por mano previsora contra las injurias del lodo: nunca iba á cuerpo gentil, como se dice vulgarmente, áun cuando el frio no fuese intenso y amenazase lluvia: en este último caso jamás se le veia sin paraguas. Sólo conocíamos el metal de su voz por lo que le correspondia de lectura al descifrar los signos, pues apenas terminadas las lecciones, salia á la calle del Turco veloz como una flecha; doblaba la esquina de la calle de Alcalá en menos de dos segundos y se eclipsaba hasta el dia siguiente. De su puntual asistencia, de su aplicacion constante éramos testigos: todo lo demás concerniente á su persona se presentaba á nuestros ojos como un insondable misterio. A fines de Junio se celebraban los exámenes; de ciento treinta se habia reducido el número de discípulos á once: tres pasaban de la clase de Taquigrafía á la tribuna del Estamento de Procuradores. A poco de abrirse la legislatura de 1835, á mediados de Noviembre, redactábamos las sesiones de la *Gaceta* en compañía del desconocido. Seguía distinguiéndose por lo taciturno: prolijo en el trabajo y no del todo perfecto, no ponía ningun despropósito en boca de los oradores: omitía mucha parte de sus discursos; por lo demás, redactaba su turno con esmero: en suma, ni podia brillar entre taquigrafos de alguna nombradía, ni era capaz de deslucir lo que hicieran aquellos con lo que arrojara la traduccion de sus notas. Nuestro carácter nos induce á no molestar al prójimo, y así cruzamos pocas palabras con tal compañero en el trascurso de muchos meses: por casualidad supimos que hácia la calle del Escorial tenia su vivienda. Ya un dia nos preguntó con cierto interés por las obras de García Gutierrez, anteriores al *Trovador* recientemente aplaudido: se las enumeramos una por una, y nos dió las gracias. No fué mayor la intimidad de nuestras relaciones despues de este incidente. A fines de 1836 se anunciaba para el beneficio de la Teresa Baus un drama nuevo; hablando de esta produccion en son de mofa un escritor de costumbres y un poeta, que han fallecido en la flor de sus años, pronunciaban el nombre del autor con desdeñosa indiferencia; correspondia exactamente al del taquigrafo misterioso.—¿Y quién es ese individuo? interrogaba el crítico al poeta.—Dicen que un sillero: respondia éste.—Entonces su obra debe tener mucha paja, respondia el primero, y sus oyentes celebraban el equívoco con estrepitosas risas. Anhelábamos nosotros la hora de asistir á la tribuna del Estamento para salir de incertidumbres: no bien vimos entrar al literato vergonzante le interpelamos resueltamente. ¿Con qué es de d. el drama próximo á representarse y nos lo tiene callado?—Brotó al punto de sus mejillas el carmin del sonrojo, como si se tratara de un delito; y confesándonos la verdad del hecho, nos rogó encarecidamente no revelárselo á nadie. No quisimos empeñar una promesa á riesgo de quebrantarla; iniciamos en el secreto á todos nuestros amigos de tribuna; y á los pocos dias preparábamos un banquete para solemnizar el éxito brillante del drama. No hubo manera de vencer la obstina-

cion del poeta laureado, quien, escudándose con lo desabrido de su génio y con su natural propension al aislamiento, manifestó sencillamente que el mayor agasajo que podíamos hacerle se reducía á dispensarle de asistir al convite. Cedimos á sus instancias por no convertir el corto obsequio en mortificacion tiránica, y nos contentamos con brindar repetidas veces deseando la renovacion de tan señalados triunfos teatrales á nuestro esquivo colega.»

La obra á que se refiere el Sr. Ferrer del Río en las anteriores líneas que hemos trascrito, eran *Los amantes de Teruel*.

De entonces data realmente el glorioso camino que Hartzenbusch ha recorrido durante su vida.

Despues de aquella notabilísima obra teatral, dió á la escena *Doña Mencía*, otro gran drama; *La jura en Santa Gadea*, obra que el público admira todavia; *Don Alfonso el Casto*; *Un sí y un no*, preciosísima comedia en prosa, con la que dió Hartzenbusch un gran disgusto á un crítico lleno de presuncion, haciéndole creer que era una traduccion, y dando ocasion á que el crítico digera con la mayor formalidad del mundo, que conocia la obra original alemana; y otras, entre ellas, las dos comedias de magia mejores que se han puesto en escena en España, *La redoma encantada* y *Los polvos de la madre Celestina*, obras llenas de gracia y de filosofía, y en las que no se encuentran las chocarrerías y tonterías que luego han sido el principal adorno de las mal llamadas comedias de magia, estrenadas en los últimos años.

La erudicion del Sr. Hartzenbusch era verdaderamente prodigiosa. Sabia de memoria el teatro antiguo español; conocia como pocos, la literatura francesa, la inglesa, la italiana y la alemana; admirador del príncipe de los ingenios españoles, dejó curiosísimos y notables trabajos sobre el *Quijote*, y es seguro que podia el Sr. Hartzenbusch escribir ó recitar un capítulo cualquiera que se le digera del *Quijote*, sin recurrir al original, y sin equivocarse en una letra.

El Sr. Hartzenbusch, siempre modesto, como quien tenia verdadero talento y merecimientos de sobra, no ocupó durante su vida otros cargos que los puramente literarios.

En 1857 fué nombrado Director de la Escuela Normal Central de Maestros; en 1859 pasó á ocupar plaza de bibliotecario en la Nacional, y á la muerte del inolvidable D. Agustín Durán, le correspondió ser nombrado Director de tan importante establecimiento, cuyo cargo desempeñó hasta el año de 1875, en que fué jubilado.

Por su iniciativa se hicieron grandes mejoras en la Biblioteca Nacional, y nunca se cansó ni cedió en su honroso empeño de hacer los mayores esfuerzos en pró de sus queridos libros, y en beneficio de la juventud estudiosa que acudia á la Biblioteca.

Hartzenbusch no escribió sólo para el teatro; los periódicos literarios están llenos de artículos suyos, cuentos, leyendas y novelas; sus *fábulas* son verdaderos modelos en su género, y resalta en todas ellas la mayor moralidad, bajo la más agradable forma.

Tan correcto y castizo escritor, bajó al sepulcro despues de haber contribuido con su continua laboriosidad á multiplicar las ediciones de nuestra Gramática castellana, Ortografía y Diccionario general de la lengua española.

Aunque desde hacia tiempo la salud del señor Hartzenbusch se hallaba muy quebrantada y sus facultades intelectuales requerian más tranquilidad y descanso que trabajo y actividad, casi hasta el momento de su muerte, acaecida el dia 2 de Agosto de 1880, se dedicó en la soledad de su despacho á revisar, comentar y anotar el *Quijote*.

Su entierro se verificó al dia siguiente, siendo depositado su cadáver en el cementerio de la Sacramental de San Ginés y San Luis, en cuya portada se ven esculpidos los versos que escribió en vida el que despues de muerto halla en aquella mansion reposo para sus restos, y para su memoria admiracion y reverencia en la generacion presente y en las venideras, y un

honroso y preeminente puesto en la historia de nuestra literatura.

Tal es, trazada á grandes rasgos, la vida del ilustre poeta que vivió animando constantemente con sus consejos á la juventud estudiosa, trabajando con una constancia á toda prueba durante muchísimos años, retirado del mundo, rodeado de su cariñosa familia, y vislumbrando en medio del aplauso y veneración de sus conciudadanos los albores de la inmortalidad.

Sus principales obras son: *Los Amantes de Teruel* (1837); *Doña Mencía* (1838); *Alfonso el Casto* (1841); *La coja y el encogido* (1843); *Juan de las Viñas* (1844); *La jura en Santa Gadea* (1844); *La madre de Pelayo* (1846); *La ley de raza* (1852); *Un sí y un no* (1854); *La Archiduquesita* (1854); *Vida por honra* (1858); *El Mal apostol y el Buen ladrón* (1860).

Otras publicaciones suyas son: *Ensayos poéticos y artículos en prosa* (1843); *Fábulas puestas en verso castellano* (1848); *Cuentos y Fábulas*, dos tomos (1861); *Obras de encargo* (1864); *Un tomo de notas al D. Quijote* (Barcelona, 1874).

En la *Colección de los mejores Autores Españoles*, publicada por monsieur Baudry, forman el tomo XLIX las obras escogidas de Hartzenbusch (Paris, 1850); en la *Colección de Autores Españoles*, hecha en Leipsick, forman las mismas los volúmenes XIV y XV (segunda edición, 1873).

La *Biblioteca de Autores Españoles*, impresa en Madrid por D. Manuel Rivadeneyra, contiene diez tomos coleccionados por Hartzenbusch, que son: el V, *Comedias escogidas de Tirso de Molina* (1848); el VII, el IX y el XII, *Comedias de Calderon* (1848-50); el XX, *Comedias de Alarcón* (1852); el XXIV, XXXIV y LII, *Comedias escogidas de Lope* (1853-1860).

Don Juan Eugenio Hartzenbusch era á la vez poeta y erudito, cualidades que se reúnen con dificultad. Hombre de inspiración y de estudio.

Como poeta, habia recorrido toda su órbita majestuosamente, dando de sí cuantos frutos podían esperarse.

Los eruditos, los poetas, los escritores, consideraban á Hartzenbusch como un maestro; su nombre habia traspasado las fronteras, y sus obras se coleccionaban entre las mejores de la literatura general. Personajes extranjeros, como el ilustrado Emperador del Brasil, honraban la modesta morada del autor, el pueblo aplaudía con entusiasmo cada vez que se ponían en escena sus principales obras, y sobre todo *Los amantes de Teruel*, cuarenta y tres años después de su estreno.

El 27 de Febrero de 1880, un público compuesto de los elementos más selectos de la sociedad madrileña, presenció en el Teatro Español la representación de *Los amantes de Teruel*. La nueva generación, al contemplar los bellísimos episodios del interesante drama de Hartzenbusch, que era para ella nuevo, no pareció la generación del naturalismo y del desencanto, sino que ante la poesía eternamente joven de la enamorada pareja aragonesa, prorrumpió en ruidosos aplausos. *Los amantes de Teruel* han sido sancionados por dos generaciones distintas; por aquella de que formaba parte como coetáneo Víctor Hugo, y por la que hoy le hace en vida las exequias postrimeras debidas á su génio.

Al terminar la representación del drama, todo el mundo se preguntaba:—¿Vendrá Hartzenbusch? ¿Tendrá fuerza suficiente para resistir la evasión que indudablemente se le prepara? ¿Podremos manifestarle directamente, en persona, sobre las tablas, nuestro entusiasmo? Y la gente sensata contestaba:—No vendrá, y debemos desear que así suceda... Está delicado... una impresión vehemente podría serle dañosa. Aquí nos juntamos unos cuantos amantes del arte: pero no ambicionemos la dicha del pagano que adornaba con flores á la víctima para sacrificarla.

Y efectivamente, D. Juan Eugenio Hartzenbusch no asistió al teatro. Mientras multitud de corazones latían por él cuando todas las manos aplaudían, en tanto que no habia en el teatro boca que no exclamase: «¡qué bello es esto!» el venerable autor de *Los amantes de*

Teruel permanecía en su casa, tal vez recordando en torno de su familia, la noche memorable en que por primera vez, hace ya muchos años, cuando algunos de los que estábamos en el teatro no habíamos aún nacido, adquirió nombre, reputación y gloria que brilla todavía y seguirá brillando mientras existan corazones.

El insigne crítico Larra escribía en 1836 al juzgar el drama de Hartzenbusch:

«Venir á aumentar el número de los vivientes, ser un hombre más donde hay tantos hombres, oír decir de sí: es un tal fulano, es ser un árbol más en una alameda. Pero pasar cinco ó seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazón, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oír al día siguiente de sí mismo al pasar por una calle ó por el Prado, *aquel es el escritor de la comedia aplaudida*, eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros días por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia á sus ascendientes en vez de recibirla de ellos; es sobreponerse al vulgo, y decirle: *me has creído tu inferior, sal de tu engaño; poseo tu secreto y el de tus sensaciones domino tu aplauso y tu admiración; de hoy más no estará en tu mano despreciarme medianía; calúmniame, aborreceme, si quieres, pero alaba*. Y conseguireste en veinticuatro horas, y tener mañana un nombre, una posición, una carrera hecha en la sociedad, el que quizá no tenia ayer donde reclinar su cabeza, es algo, y prueba mucho en favor del poder del talento.

«Esta aristocracia es por lo ménos tan buena como las demás, pues que tiene el lustre de la de la cuna, y pues que vale dinero como la de la riqueza.

«El drama que motiva estas líneas tiene, en nuestro pobre juicio, bellezas que ponen á su autor, no ya fuera de la línea del vulgo, pero que lo distinguen también entre escritores de nota. Sinceramente le debemos alabanza, y aquí citaremos de nuevo, como otras veces hemos hecho, á los que de maldicientes nos acusan: sólo se presenta el autor de *Los amantes de Teruel*, sin pandilla literaria detrás de él, sin alta posición que le abone; no le conocemos; pero nosotros, *mordaces y satíricos*, contamos á dicha hacer justicia al que se presenta reclamando nuestro fallo, con memoriales en la mano, como *Los amantes de Teruel*. Si la indignación afila á veces nuestra pluma, corre sobre el papel más feliz y más ligera para alabar que para censurar.

«No haremos de *Los amantes de Teruel* un análisis minucioso; vale en nuestro entender la pena de ser visto; y para quien no tenga la curiosidad de verle, ¿qué interés puede ofrecer nuestro artículo?»

«La historia de Isabel de Segura y de Diego de Marsilla, legada por la tradición á la posteridad, y consignada en el poema y en los apuntes del escribano Yagüe, es popular, trivial casi en nuestro país; á más de una persona hemos oído deducir de esa trivialidad, la imposibilidad de hacer con ella un buen drama. Tiempo es de alegar razones que rebatan esta opinión, puesto que nosotros no participamos de ella. El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas y nunca oídas, sino en eternizar, en formular las verdades más sabidas; que dos amantes se amen y muera uno por otro, es efectivamente idea tan poco nueva, que apenas hay comedia, anécdota ó cuento, cuya intriga no gire sobre la exageración ó los excesos del amor; pero el ingenio no está en el asunto, sino en el autor que le trata; si en el asunto pudiera estar, la comedia de Montalban que trata la misma tradición, hubiera sido buena, ó mala la de Hartzenbusch. Aquella es, sin embargo, una pobre trama salpicada de trivialidades y lugares comunes, y esta es un destello de pasión y sentimiento.»

El joven y ya docto académico D. Marcelino Menéndez Pelayo, en su discurso de entrada en la Real Academia Española, hablando de nuestro insigne D. Juan Eugenio Hartzenbusch, á quien sustituyó en el sillón académico, consigna en su elogio lo que sigue:

«Poco le conocí y traté (y eso que era con-

suelo y refugio de todo principiante); pero, ¿cómo olvidarle, cuando una vez se le veía? Enamoraba aquella mansedumbre de su ánimo, aquella ingénita modestia, y aquella sencillez y candor como de niño, que servían de noble y discreto velo á las perfecciones de su ingenio. Nadie tan amigo de ocultar su gloria y de ocultarse. Difícil era que ojos potentes descubrieran en él al gran poeta.

«Y eso era antes que todo y sobre todo, aunque el vulgo literario dió en tenerle por erudito bibliotecario ó investigador, más bien que por vate inspirado. Otros gustos, otra manera de ver y de respetar los textos, una escuela crítica más perfecta y cuidadosa, han de mejorar (no hay duda en ello) sus ediciones hoy tan estimables, de Lope, Tirso, Alarcón y Calderón: libro será cada cual de admitir ó rechazar sus ingeniosas enmiendas al *Quijote*; pero sobre los aciertos ó caprichos del editor, se alzará siempre, radiante é indiscutida, la gloria del poeta. Gloria que no está ligada á una escuela ni á un período literario, porque Hartzenbusch sólo en los accesorios es dramático de escuela, y en la esencia dramático de pasión y de sentimiento. Por eso queda en pié, entre las ruinas del Romanticismo, la enamorada pareja aragonesa, gloriosa hermana de la de Verona, y resuena en nuestros oídos, tan poderoso y vibrante como le sintieron en su alma los espectadores de 1836, aquel grito, entre sacrilego y sublime, del amor de Isabel de Segura:

«—En presencia de Dios formado ha sido,

—Con mi presencia queda destruido.»

«Y al lado de *Los amantes de Teruel* vivirán, aunque con ménos lozana juventud y vida, *Doña Mencía*, *Alfonso el Casto*, *Un sí y un no*, *Vida por honra* y *La ley de raza*. Podrá negarse á sus dramas históricos, como á casi todos los que en España hemos visto, color local y penetración del espíritu de los tiempos, ni era esta la intención del autor; pero, ¿cómo negarles lo que da fuerza y eternidad á una obra dramática, lo que enamora á los doctos y enciende el alma de las muchedumbres congregadas: la expresión verdadera y profunda de los afectos humanos?»

«La vena dramática era en Hartzenbusch tan poderosa, que llegaba á ser exclusiva. Su personalidad, tímida y modesta, se esfuma y desvanece entre las arrogantes figuras de su personajes. Por eso no brilló en la poesía lírica sino cuando dió voz y forma castellanas al pensamiento de Schiller en el maravilloso *Canto de la campana*, el más religioso, el más humano, y el más lírico de todos los cantos alemanes.

«Reservado queda á los futuros biógrafos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch hacer minucioso recuento de todas las joyas de su tesoro literario, sin olvidar, ni sus delicadísimas narraciones cortas, entre las cuales brilla el peregrino y fantástico cuento de *La hermosa por castigo*, superior á los mejores de Andersen; ni sus apólogos, más profundos de intención y más poéticos de estilo, que los de ningún otro fabulista nuestro, ni los numerosos materiales que en prólogos y disertaciones dejó copiados para la historia de nuestro teatro. Yo nada más diré: hay nombres que abruman al sucesor, y esto, que en boca de otros pudo parecer retórica modestia, es en mí sencilla muestra de admiración ante una vida tan gloriosa y tan llena, y á la vez tan mansa y apacible, verdadera vida de hombre de letras y de varón prudente, hijo de sus obras y de sí, exento de ambición y de torpe envidia, ni ávido ni despreciador del popular aplauso.»

Castelar, el eminente orador, el Demóstenes moderno, el artista incomparable de la palabra, retrata á Hartzenbusch de la siguiente manera:

«Parece que lo estoy viendo todavía; enjuto de carnes, rubicundo de color, cano de pelo, pequeño de estatura, corto de vista, vivo de génio, nervioso de complexión, sencillo de costumbres, afable de trato; en el comienzo de todas sus conversaciones, balbuciente, y en el fin, animadísimo; escondiendo á las primeras miradas en la intimidad de su ser, con el pudor de delicada sensitiva, sus méritos, cual si fueran fal-

tas, y entregándolos luego sin deliberación á la amistad y á la confianza; con el pecho cargado de distinciones, la frente de laureles, el nombre de dignidades académicas, y tan modesto como al torrear sus últimas sillan en la carpintería; candoroso como un niño, sensible como una mujer; y del pensamiento elevadísimo y de la voluntad enérgica que pone naturaleza á los primeros entre los hombres, entre los elegidos para embellecer los horizontes del alma, y avivar la llama del ideal en la vida.»

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH en quien el profundo saber y el gallardo ingenio se completaron de una manera admirable, legó á su patria joyas de tan inestimable precio con algunas de sus obras, que harán que su nombre sea acatado eternamente en España, y en donde quiera que se hable la lengua española ó se rinda culto á la belleza literaria.

ANTONIO GUERRA Y ALARCON.

EL MARQUÉS DE POMBAL

(Conclusion)

La suerte de las armas fué al cabo desfavorable al invasor: los tratados del 63 afirmaron la ruina de España y la decadencia de Francia; pero Portugal volvió á entrar, aunque en ciertas ventajosas condiciones, bajo el influjo del Reino Unido. De modo, señores, que aún registrando el hecho del fracaso, hay que tener en cuenta la participación que en él han tenido circunstancias extrañas al Ministro portugués, cuyo pecado, en último término consistiría en una de aquellas grandes audacias, que la Historia colma de aplausos cuando el éxito las corona.

El otro fracaso de Pombal consistió en la exageración, en la violencia de los medios de que hizo uso para la realización de sus altos y atrevidos pensamientos. Doy de mano todo lo que pudiera decirse del error fundamental de su teoría del Estado, absorbente y providente en grado insuperable; prescindiendo de sus ideas en materia puramente económica y en punto á organización política, particulares sobre los que los adelantamientos de la Europa moderna y el desarrollo de la ciencia novísima afirman principios y soluciones de todo en todo opuestos á los del insigne marqués. Pero injusto y hasta irracional sería apreciar los méritos de éste con el cristal de nuestros tiempos; demás que siempre sería preciso considerar que la Reforma de Pombal no fué la instalación de una sociedad nueva donde los principios pueden plantearse y desarrollarse con toda su virtud y en la plenitud de las condiciones exteriores. Portugal era una sociedad vieja, hasta caduca, hecha por un cierto socialismo, influida por un espíritu estrecho y resistente, dominada y condicionada por tradiciones, hábitos, costumbres, preocupaciones, intereses y sentimientos que habian quitado toda fuerza á la individualidad, poniéndolo todo en el Estado, del cual habia venido casi todo lo malo, y el cual podía servir á maravilla para volver á aquel pueblo á la situación necesaria para que la libertad diese de sí sus grandes resultados. De esto no hablo.

Refiérome sólo á la dureza de su procedimiento, al alcance de sus rigores, á la tenacidad de sus embestidas, á su resolución firmísima de hacerlo todo á golpe de martillo, preocupándose poco de hallar las junturas; en todo lo cual entiendo (aun dando que los obstáculos pedian mucho á Pombal y que la sombra de una vacilación hubiera traído la rápida ruina del reformador), que el célebre marqués pasó los límites de la prudencia y á veces de la justicia. De aquí que su obra parezca á primera vista y sobre todo un empeño de fuerza: de aquí la energía de la reacción, á la muerte del rey José I; de aquí el clamor, casi podría decirse el aplauso, con que fué acogida su caída y el vigor de la pasión que tal vez como en ningún otro pueblo de la Europa moderna, persiguió al gran marqués hasta en su misma tumba. A la vista de sus víctimas, nadie se acordó de la causa y el fin de sus violencias. ¡Grave, difícilísimo problema el de los reformadores, el de los enemigos del monopolio y de la justicia! ¡Com-

batir á sus adversarios prescindiendo de los fáciles cuanto reprobados medios de éstos!

Pero no extrememos las cosas. Es frecuente, señores, aventurar la especie de que la obra de Pombal murió con el audaz ministro. Lo dicen los reaccionarios: los mismos que afirman que de la Convención *no quedó nada* ¡Qué error! El tiempo se tragó lo que se debía tragar: los procedimientos, las reformas violentas, los atropellos, la injusticia; aquello que *no era la Reforma*, aquello que, después de todo, era lo antiguo, lo propio de una sociedad educada por la intolerancia religiosa, por el exclusivismo de una teocracia concupiscente, por la tradición absolutista en todas sus formas y todos sus matices. La Reforma quedó en pie.

Del golpe que recibieron de Pombal no se levantaron más ni el clero ni la nobleza. La reaccionaria doña María, en 1790 abolió definitivamente la jurisdicción de los señoríos; resistió las pretensiones de inmunidad real de los eclesiásticos, y dispuso la confección de un nuevo Código (al fin no terminado), en el cual habian de tener cabida casi todas las reformas hechas por el *gran marqués*, las cuales á los pocos años de la muerte de su autor, se habian enseñoreado de la opinión. El movimiento en favor de la instrucción laica, después de un alto muy breve, tomó nuevo vuelo con el establecimiento de las Academias de Marina, Militar y Real de Ciencias de Lisboa. Y la junta de Comercio se elevó á Tribunal régio... En suma: ¿qué principio trascendental, qué reforma profunda, qué solución seria y positiva, qué medida de otro carácter que el puramente transitorio y de momento, del inolvidable ministro, fueron borrados de la Constitución política y social, de la vida jurídica y moral de la nación portuguesa? ¿Cuál?

Lo he dicho al comienzo de este trabajo. Pombal fué un precursor y sin Pombal la decadente sociedad portuguesa hubiese espirado con el siglo décimo octavo. El contuvo el desplome con su poderosa mano: él con su gran talento realizó en aquel cuerpo enfermo, moribundo, la difícilísima operación de la trasfusión de la sangre. Con él y por él se abrieron las puertas de la vida, el porvenir á la sociedad portuguesa; y su nombre, hoy repetido con veneración y entusiasmo en las riberas del Tajo, debe ser saludado como el de una de las primeras figuras y uno de los primeros timbres de la familia ibérica.

No desconozco, señores, los incidentes del reciente Centenario del gran reformador, ni se me oculta cómo aquel desagravio nacional ha provocado algunas críticas y ciertas reservas, no ya de parte de los simpatizadores del antiguo régimen, si que de escritores ilustres, y políticos muy perspicaces, inspirados en un alto sentido de justicia y en la dirección más radical de la política democrática lusitana. Pero al mismo tiempo, entiendo que si conviene mucho mantener sobre todos los éxitos la pureza de los ideales y el vigor de los principios; si interesa hacer comprender á la muchedumbre cómo á los fines buenos se debe ir por buenos medios, y como la tortura y la confiscación y el destierro y la muerte son y han sido siempre malos y condenables, ya los utilicen los hombres del viejo régimen en beneficio de sus indefendibles instituciones, ya los empleen los servidores de la causa del progreso en obsequio de las ideas redentoras y expansivas: si conviene, en fin, no contaminarse en estos empeños de fuerza ó de corrupción que tanto seducen á los débiles, es preciso también, para la obra de la crítica histórica, tomar en cuenta el ambiente y las circunstancias que rodean á los personajes y entran por más de la mitad en los sucesos y sacar de la misma protesta que las víctimas de la violencia lanzan al sentirse heridas por procedimientos que ellas recomiendan y utilizan en la hora feliz de su apogeo, una lección eficaz que sirva para argumentar con su voto la reprobación absoluta que los hombres de buena voluntad y perfecto desinterés tenemos siempre para el error y la injusticia.

De aquí la necesidad de ser muy cautos en las censuras que lo mismo que contra Pombal se lanzan contra Danton, y contra todos los que á despecho de los procedimientos del régimen

opuesto, han servido á la postre la causa de la libertad y del progreso.

Además, yo gusto en la apreciación de la obra individual de los personajes políticos, como de la complejidad de los períodos históricos, prescindir de los detalles, para fijarme en la síntesis; olvidar las diversiones para estimar la dirección. Y en este sentido no sé qué otro hombre en la historia lusitana pueda ponerse por cima del marqués de Pombal.

Para terminar, señores, una nota que se desprende de la ligera explicación que he hecho de uno de los fracasos del insigne marqués.

Su empeño de emancipar á Portugal de la tutela británica tropezó con la alianza franco-española de 1762, es decir, con la invasión de nuestras armas, determinada por la resistencia del vecino reino, á entrar en la alianza de los Borbones contra el nuevo espíritu de los tiempos representado por Inglaterra y Prusia.

De aquella campaña (bien lo sabéis), data nuestra decadencia, porque entonces, y tras las paces de París y Hubertsbourg, España descendió al rango de potencia de segundo orden. Respecto de Portugal aquel hecho abrió la herida apenas cerrada de los cincuenta y siete años de la dominación de los Felipes españoles sobre la región lusitana: período sombrío, al cual hay que referir en no escasa parte la ruina del imperio colonial, portugués y que viene á ser el punto de partida de su rápida decadencia. Nuestros vecinos le recuerdan todavía con el gráfico nombre de «el período del cautiverio.»

¡Pero no han bastado, señores, estos atentados á la dignidad y á la libertad del pueblo lusitano! Ya dentro de este siglo, en 1847 las armas españolas de nuevo entran en el territorio portugués para combatir á los liberales que en Oporto se habian levantado dirigidos por el Conde de Antas y el célebre José Passos contra Saldhana, el autor del golpe de Estado de 6 de Octubre del 46. Las resultas de aquella campaña son, primero, la sumisión de Portugal al extranjero y á poco el encumbramiento de la reacción personificada en el conde de Thomar.

Juntad estos tres hechos, y medita después sobre esa pasión que tanto nos aflige, con que así en las desembocaduras del Tajo y del Duero, como en las alturas de San Vicente y al pie de la Sierra de la Estrella, son acogidas las más ligeras alusiones á una política grande, generosa, trascendental que constituya esa unidad ibérica entrevista y recomendada por todos los estadistas contemporáneos y todos los pensadores de la Europa regenerada, que acaba de saludar como una de las más fecundas conquistas de este laborioso siglo, la unidad de Italia y la unidad alemana.

No pretendo por este incidente aislado de la historia portuguesa, ni por este especial recuerdo de la vida del famoso marqués discutir ni siquiera plantear un problema de los más graves de la política española. Pero me importa traer el dato en este momento para relacionarlo con aquellas frases que pronuncié al comienzo de esta conferencia como justificación del interés singularísimo que para nosotros, españoles y demócratas, entraña la memoria de una de las personalidades más valientes y robustas de la raza latina en el período laborioso y fecundo de nuestra regeneración, bajo la influencia de las grandes ideas que dominan al mundo y que han sacado de su letargo á la Italia, exorcizada y degradada por la tiranía extranjera, el régimen de los señoríos y el poder clerical; á Grecia víctima del despotismo turco y á ese puñado de pueblos que se agitan en las márgenes del Danubio y forman como una nebulosa á punto ya de adquirir fijeza y precisión para entrar como astro esplendoroso y órgano autorizado de una de las tendencias de la vida europea en el concierto general de las sociedades libres, cultas y progresivas de la edad contemporánea.

Meditad, señores, como si el vigor de los empeños, la trascendencia de las empresas, y el temple de nuestras personalidades eminentes, resumen y personificación de nuestras condiciones morales y sociales, acreditan la unidad de nuestra raza en todos y cada uno de los extremos de la gran Península transpirenaica, cuantos hechos se relacionan con el progreso

de los pueblos, la libertad de las naciones y el derecho de los individuos (ora en el periodo de la Reconquista, ora en el de las excursiones al Africa, ora en la época brillantísima de las guerras napoleónicas, ora en los tiempos coetáneos del establecimiento del régimen constitucional), otros tantos han servido para estrechar los vínculos de la familia española y la región portuguesa, afirmándose, por la identidad de las causas, la analogía de las circunstancias y el paralelismo de los éxitos y de los desastres, la intimidad de nuestros intereses y la razón irrevocable de la unidad ibérica.

Pero al lado poned los obstáculos. Buscad su origen; si quereis, llegad á los mismos días de Aljubarrota: explicad sus motivos: señalad su proceso... reflexionad sobre sus resultados, nada más que sobre los resultados que todavía hoy palpamos y que de tan singular manera, aseguran nuestra debilidad y ponen en peligro hasta nuestra independencia... Esos obstáculos están tan íntimamente ligados con la negación de la libertad de los pueblos y de los individuos con los intereses patrimoniales de la antigua monarquía, con el espíritu de la teocracia y de los legionarios; con los compromisos de la política de la centralización y de la desconfianza. Tan continuamente ligados, Señores, que podemos perfectamente venir á la conclusión de que solo por la libertad—y hoy por la democracia, que es su actual determinación histórica, en sus formas racionales y legítimas—es posible la regeneración de la familia ibérica, mediante la constitución de aquel organismo amplio y vigoroso, por la armonía de sus funciones y el desembarazado juego de sus miembros, que permita aspirar fundadamente al reanudamiento de nuestras parciales cuanto gloriosísimas empresas en beneficio de la humanidad y en las nuevas condiciones impuestas por la ley del progreso.

Feliz yo, señores, si contribuyo de cualquier modo á la preparación de los espíritus en este sentido: preparación que parte del supuesto del más cumplido respeto á todas las susceptibilidades y de la consideración más exquisita hasta para las mismas preocupaciones de aquella noble región acostumbrada á ver la política y las armas españolas en sus relaciones con Portugal, identificadas ó punto menos con la causa de la opresión y del estancamiento. Para vencer estas repugnancias, es necesario dar tiempo al tiempo y utilizar todos los medios morales, evidenciando, por una activa propaganda, las causas de nuestras diferencias, exaltando todo cuanto pueda contribuir al reconocimiento de nuestras cualidades é intereses comunes y haciendo, paciente y concienzudamente, entender cómo el secreto de nuestro porvenir está en el medio más poderoso que acariciamos para la realización de esa idea de la Unión Ibérica: en la libertad, en la democracia, en el espíritu renovador y justiciero del mundo contemporáneo. Por esto hoy os he hablado de Pombal.

Para que saludeis en él la gloria y el temple de un pueblo hermano y os acostumbreis á ver en esa personificación de la Revolución moderna, uno de los más vivos destellos del espíritu vibrante de nuestra vigorosa familia.

He dicho.

En el Ateneo ⁽¹⁾

ARTICULO II

La seccion de literatura

I

Exagerado sería decir que todo el movimiento literario de España se ha encerrado en el Ateneo durante los años últimos, pero bien puede afirmarse que salvo lo referente á la dramática y la novela, géneros por excelencia populares en todos los pueblos cultos, nada se ha hecho en otros centros que mejor caracterice la índole y tendencias de las corrientes hoy dominantes en dichas materias.

El fenómeno tiene explicación muy fácil. El Ateneo de Madrid es campo libre y neutral donde caben las doctrinas más opuestas, las opiniones más divergentes; representa si se quiere la variedad que nos divide en ciencia, en política, en religión, en arte, mas también el sentido de la tolerancia y

(1) Véase el número de LA AMÉRICA correspondiente al 28 de Diciembre de 1884.

de la libre discusión cohibidas en otros puntos donde se bate cierta falsa moneda de opinión pública para uso exclusivo de los que pretenden monopolizarla en su provecho, creyendo modestamente que un país moderno puede vivir en los estrechos reducidos de un partido político, de una secta religiosa, de una escuela científica y de una bandera literaria. Tal vez se contentarán con esto solociertas fracciones del Ateneo harto apegadas á las tradiciones de una generación desorientada en la vida contemporánea como Melistófeles en el suelo encantado de la noche clásica; han dado y dan constantemente prueba de ello. Sin embargo, el intento es imposible por no declararle absurdo. Hay algo allí como en todas partes que se impone á las opiniones de unos cuantos, la opinión general y contra la opinión general toda lucha se hace inútil.

Lejos, muy lejos de nuestro ánimo, querer molestar á los defensores de ninguna de las tendencias en los debates de esta seccion sustentadas; somos cronistas y no críticos, espectadores y no actores en la contienda; de aquí el deber moral que nos hemos impuesto de ser imparciales, sean cuales fueren nuestras individuales opiniones, y el deseo de conservar nuestra independiente actitud en medio del ruidoso litigio mantenido durante años entre el naturalismo y el espiritualismo.

Mas ¿cómo negarlo? Las discusiones en la seccion de que hablamos y las lecturas en las veladas han puesto de manifiesto la discordancia existente entre la producción puramente artística y las doctrinas expuestas por los socios, carácter de inferioridad que es preciso hacer notar cuando comparemos el movimiento literario con el de la Seccion de Ciencias Naturales. Al paso que en esta última la observación personal de los hechos era ya confirmación, ya punto de partida de las doctrinas, en la Seccion de Literatura tomaron los debates carácter de pura teoría, ó á lo sumo han sido generalizaciones y crítica de hechos más ó menos cercanos á nuestra época. Así ninguna de aquellas puede jactarse de ser armónica con las obras leídas en tan ilustrado centro por los conocidos poetas que en sus veladas han tomado parte.

¿Debe atribuirse semejante desacuerdo á que los productos de la literatura poética son más difíciles de clasificación rigurosa, dada la genial libertad que en ellos campea, que los organismos naturales vaciados con error notable para muchos en los moldes de un estrecho mecanismo? Apuntamos por ahora la idea y sobre ella haremos más tarde algunas reflexiones. Hablemos, pues, de las veladas literarias.

II

Empecemos por Campoamor. ¿Cuál es la representación del celebrado autor de las Doloras en nuestra literatura contemporánea? Porque la tiene grande sin duda y ninguno de los líricos ahora vivos en España ha comprendido mejor sus facultades ni interpretado con tanta fortuna las aficiones del escogido público á quien principalmente dicho poeta se dirige. Dotado de cultura superior á la de casi todos sus colegas, elegante como pocos, ingenioso como ninguno, ora tierno hasta el afeminamiento, ora burlón é irónico hasta casi rayar en sacrilegio, gusta de sostener paradojas en verso y prosa, en lucir gallardamente el don terrible de presentar á los ojos de sus lectores el pró y el contra de las más áridas como de las más fútiles cuestiones, en decir con aparente candidez cosas intencionadísimas sobre objetos harto graves para ser tratados de ligero. El talento y la maestría en el idioma sirvenle ante todo para ocultar inusitados atrevimientos morales, y digámolo de una vez, el desconsolador excepticismo que late en el fondo de sus refinadas poesías.

Claro ejemplo de lo que decimos nos dió en su paradójico poema «Los buenos y los sabios.» llamamos paradójico por no tildarle de vulgar, y que el Sr. Campoamor muestra mayor afición á proclamar sofismas que á pregonar con retórico aparato verdades que los son únicamente en cierto infimo grado de cultura y solo para el común de las gentes, cuyo amor propio parece haber querido lisongear en tal poema.

¿Qué sabiduría es sino esa que no sirve para hacer buenos y virtuosos á los hombres y que lejos de mejorarlos los corrompe?

¿Qué sabios aquellos incapaces de las virtudes de los ignorantes? Atreverse á ser honrado es atreverse á ser grande, ha dicho un egregio novelista inglés; pero no basta para ser honrado quererlo ser, añadiremos nosotros, se requiere como ineludible condición conocer, saber lo bueno y lo malo, practicar el bien de un modo reflexivo, no por la simple corazonada del hombre inculto que acierta una vez y se equivoca ciento. Suponiendo y es mucho suponer, la existencia de conflicto entre dos deberes, problema de casuística, digno de la sutileza del eximio Suarez: ¿Cómo podría resolverle el ignorante de un modo conforme á la ley moral? ¿Haciendo callar la conciencia en nombre de la pasión á semejanza del personaje de Echegaray, que es abogado y no sabio, ó bien obrando al contrario del citado personaje en cuyo caso no habría conflicto ni drama? Los titulados sabios del Sr. Campoamor no son, pues, sabios, sino sofistas.

Fuerza es á pesar de esto reconocer el ingenio con que el poeta sostiene su tesis, los mil primores de dicción que encierra, la forma hermosa y acabada bajo el aspecto literario con que supo revestirla y que nosotros admiramos; empero la admiración no implica aquí convencimiento ni mucho menos aplauso por la idea que la sirve de base.

¿Y qué diremos del poemilla «Cómo rezan las solteras,» leído últimamente por el eminente poeta? El periódico *La Unión* lo atacó por su heterodoxia anticatólica; nosotros, á pesar de los aplausos con que fué recibido nos libraremos de encomiarle, no por escrúpulos de sacristía, antes bien por el

respeto que nos merece el pudor femenino expuestos en velos á las profanas miradas del público.

III

¡Cuán diferente del Sr. Campoamor, el Sr. Nuñez de Arce! Quizás sabe menos que el primero. ¡Pero qué inspiración tan viril, qué entonación tan severa, qué dudas [tan elevadas y fecundas la del autor de «La Vision de fray Martín!» Es el verdadero poeta de nuestro tiempo, osado y á la vez creyente, con muchas vacilaciones en la inteligencia y mucha fé en el corazón. No canta por cantar ni se dirige á ese mundo de mujer *sensibles* piadosas, de jóvenes mundanos y de viejos verdes que combinan la facilidad en las costumbres con la afectada práctica de los pensamientos serios, el volterrianismo en la expresión con la idolatría de la forma. Cuando duda lo declara con franqueza, cuando cree lo confiesa sin ambages; manteniéndose fiel al carácter de la raza castellana y leal al sentido del espíritu moderno, que si bien siente enfriarse la fé en los viejos ideales, levanta otros nuevos los menos elevados en su conciencia, por cuyo triunfo trabaja con brío, temeroso de perderse en los áridos desiertos del excepticismo, después de abandonar los lugares todavía habitados en que guardan sus convecinos el recuerdo de sus padres.

Y lo que ha hecho Nuñez de Arce con el ideal religioso en «La Vision de Fray Martín,» lo ha hecho igualmente con las ideas sociales en la leyenda «Hernán el Lobo,» también con placer recibida en el Ateneo, pintura sombría y aterrador de los tiempos en que el capricho de los poderosos y la fuerza de los individuos dictaban con pasiones sus leyes sangrientas á la sociedad. El análisis psicológico en ambos poemas, las luchas interiores que agitan el alma de sus respectivos protagonistas, adquieren grandeza tan importante y verdad tan soberana, que sus dolores y exaltaciones, sus victorias y derrotas parecen tener la nuestra por teatro y las consideramos cosa propia.

No hay mayor prueba de locura que pretender hacer filosófica la vida entera, dice en uno de sus *Pensamientos* Leopardi; pues bien, en nuestro concepto, no cabe mayor censura contra la poesía de nuestro tiempo que pretender encerrarla dentro de los moldes de un sistema. Nuñez de Arce no ha incurrido en error tan antipoiético, antes se muestra fidelísimo discípulo de aquel filósofo *perenne* siempre abierta á la observación de los grandes poetas en el libro de la naturaleza humana.

A ella debe el seguro atrevimiento con que ha recorrido hasta aquí sin extraviarse los valles floridos y los oscuros abismos del alma de sus héroes, ella le ha guiado en todas las transformaciones por que su poesía ha pasado desde sus primeras hasta sus recientes obras, ella, por último, ha descubierto á su imaginación con *La Pesca* horizontes antes no vistos en la literatura contemporánea. El Ateneo aplaudió este poema, y España entera ha confirmado con su admiración el fallo del Ateneo.

Es verdadera poesía naturalista, ruda y áspera en el fondo, pero sana como el aire del campo, noble como el trabajo, melancólica como el rumor de las olas, valiente y serena como la voz del clarín que llama al guerrero á la pelea, un eco repercutido de los *Gritos del combate* que llega á los ocultos senos de nuestra sociedad y la anima á la batalla de la vida sin miedo á la derrota ni á la muerte, convenciéndola de que no hay fuerzas bastantes á matar las ideas y extinguir las aguas vivas de los efectos humanos. Tan varonil llamamiento no podía ser desoido, y Nuñez de Arce ha encontrado en la nueva generación quien le secunde con aliento que promete ser robusto.

Ferrari es castellano como su maestro, y como su maestro ha emprendido la tarea de rejuvenecer nuestra decadida lírica, poniendo en ella los nuevos ideales y tendencias. El «Abelardo» fué una verdadera revelación literaria. No deja el plan de tener imperfecciones, entre otras la de su excesivo desarrollo para un poema lírico. El personaje, sin embargo, es tan simpático, los sentimientos tan vivos, el análisis tan fino, las ideas tan altas, la intención tan humana y los versos tan brillantes, vigorosos y sonoros, que, no ya aquella falta, sino muchas mas que pudiera hallar la crítica deben perdonarse al autor en gracia del extraordinario talento que en su obra ha demostrado y de que acaba de dar nueva muestra en la bella composición publicada por el Almanaque de la Ilustración Española y Americana titulada «En el arroyo.»

El rasgo distintivo de este poeta, lo que constituye su fisonomía literaria, es la tendencia á exponer en verso sistemas de filosofía que hoy apenas caben en prosa, grave defecto, aunque excusable en quien todavía cree en la virtualidad de los sistemas, y error mortal en poesía sobre todo, de que sólo el tiempo podrá curarle. Pecaríamos de injustos si al *«Abelardo»* no mencionáramos también las curiosas «Verdades poéticas,» de Melchor Palau, primeros fulgores de algo que ha de llegar y que ya se vislumbra en la moderna poesía.

IV

¡Ojalá pudiéramos decir otro tanto de Velarde! «Fray Juan» tiene buenos versos, imágenes felices, entonación elevada, gritos de pasión magníficos. A pesar de esto, dicho poema se nos antoja una creación *romántica* de piés á cabeza. Pensamiento, plan, desarrollo, incidentes, finalidad, todo ello parece fruto de una tendencia sentimental y no reflexiva, apasionada y no crítica, narrativa y no psicológica. En realidad, sólo la dicción, que es muy castiza, y el asunto, que es muy dramático, pueden justificar los parabienes del Ateneo.

Sentimos no poder detenernos en el S. Balaguer, cuya

lectura de un canto poético le valió únicamente un *succés de est me*, ni en Grilo, que leyó una pintoresca descripción de «La Verbena.»

Fernandez Saw, que, apenas salido de la adolescencia empieza a fijar las miradas del público, fué aplaudido en «El defensor de Gerona,» por el arte con que supo leerle y la valentía de algunas estrofas. La frecuente repetición de las mismas imágenes á cortos intervalos de la composición, dan á ésta, sin embargo, cierta monotonía irremediable, reñida con la vivacidad de las narraciones épicas, que exigen riqueza de tonos en medio de la sencillez de su carácter.

Mencionaremos para concluir con los poetas ateneistas, á los Sres. Herreros (D. José) y Ortiz de Pinedo (padre), que leyeron algunas cosas de poca importancia, recibidas cortesmente por sus consocios.

Y vamos á los oradores de la Sección: los criticos.

V

Han tomado parte más ó ménos activa en los debates Valera (D. Juan), Alas, Campillo, Zahonero, Carracedo y otros que no recordamos, es decir, literatos de pura raza y literatos *naturalistas*, todos ellos profesores y catedráticos, con excepción del penúltimo. Las doctrinas sustentadas no pueden ser más contradictorias. Eclécticos unos, clasicistas rigurosos otros, partidarios del *naturalismo* literario los restantes, sería larga tarea tratar de condensar sus opiniones, por ser las de algunos bien conocidas. Pecaron de extremas, y era natural que así sucediera, las de Campillo y Carracedo, empapado el primero en el dogmatismo preceptista, y el segundo en teorías polarizadas con las que como naturalista sostiene, y de las cuales salió con lucimiento gracias á su fluida y elegante palabra.

Los honores de la discusión pertenecen en buen derecho al Sr. Alas. Tres largas sesiones invirtió el ingenioso crítico en la exposición de sus doctrinas, y, a pesar de no ser un orador de locución viva y fácil, demostró dominio tan completo del asunto, tal copia de doctrina y erudición, defendió el naturalismo en literatura con argumentos, unas veces tan hábiles, otras veces tan razonados, que mantuvo suspensa la atención de amigos y adversarios, quienes le felicitaron á porfía en el salón y pasillos. No agradó á todos la defensa algo apasionada que hizo de las novelas de Zola, pero nadie despues de oirla, puso en duda el talento y la sinceridad del defensor, sirviéndole de refuerzo Zahonero con sus movimientos oratorios, que son á la exposición de una doctrina lo que la guerrilla es á un ejército ordenado.

Resumen. La poesía lírica, salvo el grupo de Nuñez de Arce y sus discipulos, no corresponde á las exigencias de nuestro tiempo; vive en el simple culto de la forma ó pretende nuevamente resucitar el romanticismo de la pasada generación. En cuanto á la crítica, se señala la doctrina naturalista como la más activa y mejor defendida de todas, si bien en demasía exagerada, hasta hacer temer por la moral y el buen gusto.

A. Stor.

LA CUERDA DE CAÑAMO

Novela original

(Continuación.)

Desdobló el papel Jusepet y, no sin dificultad, porque ni él sabía leer de corrido ni Marieta estaba fuerte en escritura, leyó la esquila que, en no muy correcto castellano, venia á decir en sustancia:

«Tengo que hablarte de cosas que te interesan mucho. Si quieres, ven á verme á las doce. A esa hora me asomará á la ventana.»

El papel no venia firmado. Jusepet no vaciló un momento, comprendió que Marieta aludía á los sucesos de aquellos días, y le faltó tiempo para decir á Pepeta:

—Dile que bueno.

Muy preocupado con el afán de adivinar qué sería lo que Marieta tenia que decirle, esperó con impaciencia la hora de la cita, y, por de pronto, dejó para más adelante el ver á Ramona.

A las doce en punto Marieta se asomó á la ventana; media hora hacia lo ménos que Jusepet se paseaba por delante de la casa.

—Ya me figuraba que estarias esperando. A buen seguro que si yo fuera tu novia y ésta una cita de amor, no hubieras sido tan puntual. Pero has comprendido que te voy á hablar de ella y... ¡Cuánto la quieres! ¡A pesar de todo!

—Mi curiosidad es natural. Tu cita me ha sorprendido, y por más que me devano los sesos, no atino...

—No te hagas de nuevas. Demasiado sabes que lo que voy á decirte se refiere á esa... mujer, á la que tiene la culpa,—al decir esto Marieta bajó la voz—de que tú hayas matado á un hombre.

—Te engañas, Marieta,—replicó con vehemencia Jusepet—¡Qué Dios me confunda si he hecho muerte alguna!

—Pues, entonces, ¿quién fué?—preguntó Marieta con ansiedad.

—Yo que sé. ¿Entiendo acaso lo que dices?

—¡Vaya si lo sabes! ¡Pero no has sido tú? ¿De veras? Ah... vamos... si ¡No sabes el peso que se

me ha quitado de encima! ¡Y yo, que por no comprometerte, en perjuicio de mi mismo padre, he callado todo lo que sé!

—Pero, ¿qué sabes? Dí.

—¡Qué ciegos son los hombres! Estabas loco por esa mujer, lo estás todavía, tenias puestos tus cinco sentidos en ella, la creías un ángel; desdeñabas todo lo que no fuera ella, y esa mujer...

—Acaba por Dios ¿Te estás gozando en atormentarme?

—¡Y ahora mismo se está viendo!—continuó diciendo Marieta.—¡Todavía la quieres!... como si nada hubiera pasado... ¡Quizás más que antes!... ¡Si no sé como sois!... La que peor os trata...

—Marieta; ó acabas de una vez... ó adios—la interrumpió Jusepet fuera de sí y haciendo ademán de marcharse.

—¡Cá! ¡Si no te irás! Estás sobre áscuas, pero aunque te sintieras morir, el deseo de saber lo que tengo que decirte, no te dejaría marchar.

—¡Marieta! ¡por la Virgen Santísima! ¡Si es que, en efecto, sabes algo, dímelo, y... concluyamos!

—Siento el daño que voy á hacerte, pero es preciso que te desengañes ya; Marta y el Comandante se entiendan.

—No puede ser,—exclamó Jusepet—¿Cómo y cuando? Tu ¿por donde lo sabes?

—Tú mismo juzgarás... Una tarde al volver á casa el Comandante me saludó y yo, por decirle algo le pregunté si venia de dar un paseo—Sí, me contestó;—Hé ido hácia la *masía* del Coll. Por cierto que he visto á su amigueta de usted ¡qué guapa es!—Le advierto á usted que tiene novio—la dije—¿Novio? ¡Cá!—Le digo á usted que sí—¡Si ella misma me ha dicho que nó!—Pues le tiene—le aseguré yo—¡Pobre hombre!—exclamó entonces él y se sonrió.

—¡Infame!—rugió más bien que dijo Jusepet que oía á Marieta sufriendo como un condenado y apretando de rabia los puños.

Marieta continuó:

—La noche aquella... ya sabes. Así que llegó al pueblo le faltó tiempo al Comandante para ir á la *masía*; volvió muy contento. Al retirarnos todos á descansar, subia yo la escalera para ir á mi cuarto y ví que el Comandante volvia á la cocina y cogia la llave de la puerta de la casa y... tú sabes mejor que yo lo demás. ¿Quieres más pruebas de que ella lo habia citado?

—¡Mentira!—dijo con toda su alma Jusepet.—¡Mientes! La ódias y...

—Sí, la ódio, y... ¡cómo no la he odiar! si, ahora mismo, me insultas á mí, que hasta la libertad de mi padre, hasta su vida he dejado en peligro por librarte á tí, y me insultas por defenderla á ella... á ella que te ha engañado.

—Perdóname, Marieta; yo no sé lo que me digo. ¡Estoy loco... loco! Necesito convencerme por mí mismo de que eso es verdad, para no creer que nos engañan las apariencias. Y si llegara á convencerme... ¡si llegara á creer en la liviandad de Marta! ¡Entonces! ¡Ah! ¡entonces!

—Entonces, ¿qué?—se apresuró á preguntarle Marieta muy asustada.—¿Serías capaz de matarte? ¿Pues qué no hay otra mujer en el mundo que Marta? ¿Acaso no hay quien te quiera con toda su alma, como no te quiso ni pudo quererte ella? Antes de desesperarte... acuérdate de mí, Jusepet. ¿Lo harás así, Jusepet? ¿Lo harás así? ¿Me lo prometes?

—Adios, Marieta, adios,—dijo él por toda contestación.

—¡Por Dios te lo pido, Jusepet!... ¡Ten compasión de mí! ¡Tu muerte sería la mia!

Y aquella mujer que, en su pasión por Jusepet, nada respetaba, y por todo atrepellaba, quedó aterrada ante la idea de que al haber tratado de arrancar del corazón de su amado, hasta las raíces del amor que éste sentía por Marta, tal vez le habia impulsado á la desesperación y hasta al suicidio.

Jusepet llevaba destrozado el corazón. Su entrevista con Marieta dió fruto; Jusepet no vió á Marta, la creía culpable.

V

A los pocos días de la entrevista de Marieta y Jusepet, corrió por el pueblo el rumor de que el asesino del Comandante habia sido el Sr. Valero, y la causa de tan misterioso asesinato la liviandad de Marta. Los vecinos se decian en voz baja unos á otros, que el anciano habia sorprendido al militar en el cuarto de su hija y allí mismo le habia dado muerte, llevando despues su cadáver á la selva para alejar sospechas.

No faltaron comadres, de las más beatas del pueblo, que dijeron: ¡Quién sabe! ¡Donde ménos se piensa!... ¡Por nadie se puede poner la mano en el fuego! ¡Y ello algo hay! ¡Su novio la ha dejado! ¡Por algo será! Hasta habian reparado algunas que Jusepet no iba á la *masía* desde en-

tonces. Y la coincidencia no podia ser más significativa.

—¿Y qué prueba eso?—objetaba alguno.—Se ha visto á Jusepet hablando á media noche con Marieta. Marieta es tan guapa ó más que Marta. Es rica y la otra no, y Jusepet no está tan holgado de bienes para desperdiciar una buena ocasión.

A pesar de la reserva del Sr. Valero y del retraimiento de Marta, se supo en el pueblo el embarazo de ésta.

—¿No lo decía yo? ¡Y ahora? Saquen ustedes á relucir la virtud de la niña. Nieguen ustedes que tuvo que ver con el militar,—dijeron personas caritativas con el prójimo, que siempre están dispuestas á pensar lo peor.

—Pero hombre de Dios,—replicaban algunos,—¿por qué ha de haber sido el Comandante? Más probable es que haya sido Jusepet, y que despues de hecho el desavío haya dicho... ¡ah! queda eso!

La conducta de Jusepet desmentia este aserto. Cuando llegaron á él los rumores que acerca de de Marta corrian y se convenció de que eran fundados, por algunos días estuvo como loco. Alguien le dijo que á él se le colgaba el milagro, y lo negó con energía; hasta se susurró que habiéndole hecho cargos y reflexiones cristianas Mosen Juan, en cumplimiento de los deberes de su sagrado ministerio y por el mucho cariño que el anciano rector de la parroquia tenia á Marta, que era la predilecta entre sus hijas de confesion, Jusepet juró y perjuró que nada tenia que ver en la desgracia de su antigua novia.

Ya entonces, y como hasta hubo quien echó cuentas del tiempo trascurrido desde la muerte del Comandante y de los meses que de embarazo debia llevar Marta, todos se persuadieron de quien habia sido el matador del militar; pero nadie le delató, antes bien, le compadecieron y abominaron de su hija.

Dábase á todos los diablos Marieta al saber los extremos de dolor que Jusepet hacia, y ya habia perdido toda esperanza de que el ingrato correspondiese á su cariño, cuando una mañana, al salir de misa, él se le acercó y la dijo:

—Si es que merezco que me mires siquiera á la cara, sal esta noche á la ventana.—¡Saldrás!

La sorpresa y la emoción de Marieta fueron tales que por poco lanza un grito de satisfacción, que transformado en suspiro salió de entre sus labios confundido con un *sí* que puede dudarse si llegó á los oídos de Jusepet; pero no era menester, porque los hermosos ojos de Marieta, chispeantes de alegría, abrasadores como el rayo y humedecidos por la más fogosa pasión, digeron muy alto lo que los labios digeron muy bajito.

Aquella noche, cuando Jusepet acudió á la cita ya le esperaba Marieta, pero no en la ventana de su cuarto, sino en la del que sirvió de alojamiento al Comandante, que estaba mas baja. Desbordada con la alegría la pasión por tanto tiempo contenida dentro de su ardiente corazón, abrió éste á Jusepet, sin reserva alguna la enamorada Marieta, y estuvo con él cariñosa, expresiva, apasionada. Al despedirse le besó en los labios, y con este beso ardiente y espontáneo, sello de fuego que se imprimió con caracteres indelebiles en aquel corazón rebelde, tomó posesion de él la hermosa morena que hizo de Jusepet un esclavo humilde y sumiso.

Las citas menudearon. Las apasionadas y ardientes caricias de Marieta abrasaron con fuego inextinguible el corazón de Jusepet y despertaron en él una sed de amorosos deliquios que nada bastaba á satisfacer. La sensual pasión de Marieta, formando notable contraste con el casto amor de Marta, enloqueció por completo á Jusepet y hasta le hizo olvidarse de que existia en el mundo su antigua novia.

Murmuróse entre los vecinos que Jusepet entraba todas las noches en casa del alcalde, y no por la puerta. ¿Sería verdad? La gente de los pueblos es tan maliciosa, que... ¡vaya usted á saber!

VI

El alumbramiento de Marta se acercaba. La sombría tristeza del Sr. Valero iba en aumento y con ella la zozobra de Marta, que en vano procuraba leer en el ceñudo rostro de su padre el porvenir del hijo que llevaba en sus entrañas. ¿Cuál sería su pensamiento? ¿La dejaría criar á su hijo? ¿Lo separaría de su lado? ¿Alejaría para siempre al angelito del regazo de su madre, sin dejarle el consuelo de verlo y acariciarlo alguna vez siquiera? Y lo que es por su hijo era ella capaz de todo. ¡Privarle al pobrecito de las caricias de su madre! ¡Eso... no! Se habia resignado con su desgracia aceptando como un sacrificio la inclemencia del hado, el injusto desvío de su padre, sin quejas, sin protestas, sin intentar siquiera sincerarse; pero... ¡pero consentir que le arrebataren á su hijo, de su único bien, de su postrero amor...! ¡Jamás! Suplicaría humildemente; pero si sus

súplicas eran desatendidas, se rebelaría contra la autoridad de su padre, defendería á su hijo como una leona á su cachorro y huiría con él aunque tuviera que ir mendigando por el camino.

Todo llega en el mundo, lo que se desea y lo que se teme. Una mañana antes de amanecer, Marta empezó á sentir los dolores de parto. Avisado por Ramona, el Sr. Valero fué al cuarto de su hija, y sentándose en una silla junto á la mesa, con el codo apoyado en ésta y la cabeza en la palma de la mano derecha, tan sólo dirigió la palabra á la parturienta para decirle que no diese voces ni gritos que pudieran oírse desde fuera. El parto fué trabajoso; Marta destrozó con los dientes una toalla para no quejarse; pero ni un ¡ay! se la escapó á la infeliz.

Ramona la asistió en tan duro trance, y cuando al recoger en una sábana la criatura que Marta dió á luz exclamó ¡qué hermoso niño! el señor Valero, como movido por un resorte, se puso en pié y, diciendo «trae,» cogió al recién nacido.

—¡Mi hijo, Ramona, mi hijo! ¡Dáme al hijo de mis entrañas!—gritó Marta.

—¡Silencio; desgraciada!—dijo en voz baja y amenazadora el Sr. Valero, y fué á salir de la estancia.

Marta, á pesar del estado de extenuación y debilidad en que se encontraba, leyendo en la mirada de su padre siniestras intenciones, se interpuso entre él y la puerta de salida, le arrancó el niño de los brazos y, estrechándole con fuerza entre los suyos, exclamó:

—¡Es mi hijo! ¡No le mate usted!

El Sr. Valero vaciló un momento y, por fin, sonriendo con amargura, dijo:—¡Tienes razón! ¡No te maté aquel día... y voy ahora á matarle á él, que es inocente! ¡Que él sea tu vergüenza y tu castigo!

Y salió de la estancia cerrando con violencia la puerta.

Desfallecida Marta por la emoción y por la pérdida de sangre, cayó en el suelo, pero sin soltar á su hijo. Se vió y se deseó Ramona para evitar que las consecuencias de aquella violenta escena causasen la muerte de la madre y al hijo por la falta de asistencia inmediata, que en tales casos es necesaria. Por un milagro de Dios no fué así. Marta, ya en el lecho, no se cansaba de mirar y besar á su hijo. Segura ya de que no se le quitarían, era la mujer más feliz de la tierra.

A los dos ó tres días, y después de una entrevista que tuvo el Sr. Valero con mosen Juan, Ramona, muy de madrugada, fué á la iglesia sola con el niño para bautizarlo. Al salir se encontró la brillante y numerosa comitiva de una boda. Marieta y Jusepet se casaban aquel mismo día. Ramona nada quiso decir á Marta por no entristecerla.

Pocas horas hacía que había regresado á casa con su ahijadito Jaime, cuando en el camino que pasaba por delante de la *masía*, se oyó ruidosa algazara. Eran los convidados á la boda que iban á festejar el fausto acontecimiento con una comida de campo en una posesión que el señor alcalde tenía junto á la carretera de Gerona. Jusepet al principio se opuso á que se solemnizase de esta manera la boda; pero Marieta lo había querido, y su voluntad era ley.

Iban delante los novios acompañados de los padrinos y gente formal. Detrás en varias filas, cogidos del brazo, iban los jóvenes de ambos sexos cantando á coro canciones del país y aclamando al concluir á los recién-casados. Hizo la casualidad que al llegar al pié de las ventanas de Marta concluyesen una de sus alegres canciones y gritasen con toda la fuerza de sus pulmones.

¡Vivan los novios! ¡Vivan Marieta y Jusepet!

Marieta dirigió una mirada de triunfo hácia la *masía*.

Marta al oír los vivas rompió á llorar, estrechó su niño contra su pecho y lo besó una y mil veces.

I

Un rayo de luz

Para una madre el supremo bien del mundo es su hijo; para Marta fué el único y bastó para reanimar aquel espíritu abatido por la desgracia. Del mismo modo que la luz del sol disipa las nieblas que en las frías mañanas de otoño envuelven la tierra, el cariño á Jaime disipó las sombras de tristeza que en el alma de Marta habían hecho hasta entonces, desde el día de su desgracia, imposible toda alegría y todo consuelo, y dejó únicamente en ella una dulce y suave melancolía que, al reflejarse en el semblante de la joven, dió nuevo atractivo á su belleza que la maternidad había aumentado en vez de amenguarla. Volvió á resonar en la *masía* la hermosa voz de Marta, mas no para entonar las alegres canciones de otro tiempo, y sí esas amorosas y llenas de ternura con que las madres duermen á sus pequeñuelos. Su hijo se criaba sano y robusto, y esto la bastaba

para considerarse feliz. Y es que el destino, por contrario que sea á un ser humano, jamás es tan cruel que no dé tréguas á sus intensos dolores y haga imposible el consuelo y olvido de sus desgracias.

Jamás desespera el que ama, porque es el amor ley del mundo, manantial inagotable de esperanzas, ilusiones y ventura, y fuego sagrado que dá calor, vida y fuerzas para sobrellevar las tribulaciones de la existencia al mortal más desgraciado que lucha sin desmayar con las contradicciones que en su camino encuentra, aunque no sea más que por no apenar á las personas queridas. Únicamente, el que á nadie ama, puede aborrecer la vida, porque lleva la muerte en el alma y es un sepulcro vivo de muertas esperanzas.

El cariño de Marta á su hijo alcanzaba á todos los que á su hijo querían; á Ramona que se desvivía por el pobrecito y hacia con él los mayores extremos llamándole á boca llena rey y emperador del mundo; á mosen Juan, que de vez en cuando venía á visitarla, y vióla lola tan afanosa y satisfecha con su hijo, la dijo más de una vez: «ya ves, Marta, cuán grande es la bondad divina; este niño, que al nacer parecía iba á ser el colmo de tu desgracia, ha sido para tí una bendición del cielo.»

¡Y qué pequeñeces producían trasportes de alegría en Marta! Ramona con el dinero que le daba su amo para las atenciones de la casa, solía comprar, sin que el Sr. Valero, aunque lo notaba, se diese por entendido, mil cosillas para su ahijado. Un día le compró una cunita de madera pintada de verde.—¡Con qué afán trabajó Marta sin descanso alguno hasta hacer sabanitas y fundas de almohada para la cunita de su Jaime! ¡Cuánto fué su regocijo cuando le vió durmiendo en ella envuelto en ropita más blanca que el ampo de la nieve!

Lo único que seguía apenando á Marta era el desvío de su padre con Jaime, desvío más afectado que real, aunque ella no lo creía así. El tiempo y las frecuentes reflexiones de mosen Juan, que no desperdiciaba la ocasión de acriminarle su crueldad con Marta que era, según el anciano sacerdote, más bien desgraciada que culpable, habían ido aplacando su rencoroso enojo. La conducta intachable de su hija, antes y después de su desgracia, le hacían pensar al Sr. Valero en la probable injusticia de sus juicios respecto á ella. Solamente ese nécio tesón en los hombres que creen dar pruebas de debilidad de carácter, cuando transigen ó ceden, le hacía aparentar con su hija y nieto una frialdad que no sentía, porque la verdad era que el hielo estaba ya roto. Más de una vez, cuando creía no ser visto de nadie, besó al niño en la frente. Sorprendióle en una ocasión Ramona y le faltó tiempo para decir lo que había visto á Marta que no dió crédito á sus palabras, figurándose que era todo invención de la anciana en su buena voluntad de proporcionarle ese consuelo.

Esta situación, por lo violenta, no podía durar mucho. En una de esas enfermedades frecuentes en los niños que son, como dicen muy bien las mujeres del pueblo, la flor de la maravilla, Jaime estuvo á la muerte. La pobre Marta, con el alma en un hilo, no se separó ni de noche de día de la cuna del enfermito. El Sr. Valero, que estaba como sobre áscuas sin saber de su nieto, y que entonces comprendió cuanto lo quería, cuando supo que la enfermedad había llegado al período crítico en que había de resolverse de un modo ú otro, entró en el cuarto de su hija que, reclinada sobre la cuna de su niño, esperaba con ansiedad el efecto que á éste-había de hacerle una medicina recetada por el cirujano del pueblo, á muerte ó á vida.

Por fin la medicina obró favorablemente en la naturaleza del niño de una manera tan visible, que por los síntomas de mejoría pudo apreciarla desde luego Marta.

—¡Gracias, Virgen Santísima!—exclamó con toda la efusión de su alma y, al levantar la cabeza para dirigir con los ojos empañados por las lágrimas una mirada de gratitud á la estampa de Nuestra Señora de la Soledad, quedó sorprendida al ver á su padre, á quien, absorta en la contemplación de su hijo, no había sentido entrar, y que, también llorando, estaba al otro lado de la cuna de Jaime.

Marta lanzó un grito de sorpresa.

—Sí, hija mía,—dijo cariñosamente el señor Valero—démos gracias á la bendita Señora por la merced que nos ha hecho en salvar la vida á este angelito.

—¡Padre mio!—exclamó sollozando Marta, y ciñó con sus brazos el cuello del anciano, apoyando en su hombro derecho la cabeza.

La embargaba tanta felicidad en que no podía

crear apenas; su padre la besaba en la frente como antes de aquella noche tan fatal para todos.

Largo rato permanecieron abrazados padre é hija sobre la cuna del niño, en cuya frente vinieron á caer algunas de las lágrimas que su abuelo y su madre derramaban en abundancia. Ni uno ni otro podían pronunciar palabra, embargados por la emoción que les dominaba.

Por fin Marta pudo hablar.

—¡Gracias, padre mio!—exclamó.—Por la salud de mi hijo, por la Virgen Santísima que acaba de salvarlo, le juro á usted que no soy indigna de su cariño, que soy inocente.

El Sr. Valero no supo qué contestarla y la volvió á besar.

Marta, más serena ya, quiso sincerarse de lo pasado en aquella noche; su padre la interrumpió diciendo que no era necesario; insistió la joven, y en pocas palabras le refirió todo lo sucedido entonces hasta el momento en que ella, por efecto del golpe que se dió con la cabeza en su cofre al caer al suelo, se quedó sin sentido.

El Sr. Valero, estrechándola cada vez más contra su corazón, oyó agradablemente emocionado la sencilla, breve y sentida narración de su hija, y cuando cesó ésta de hablar dijo:

—Perdon, hija mía, perdon por mis injustas sospechas. Perdon para tu padre, que jamás debió pensar mal de tí.

—¡Pedirme usted perdon, padre mio! ¡Oh, no! ¡No ofenda usted á su hija...!

—¡Cómo hacerte olvidar, pobre Marta, lo que te he hecho sufrir injustamente?

—Queriendo mucho á mi hijo. ¡No es verdad, padre, que es muy hermoso? ¡Pobrecito de mi alma! Ya somos dos á quererle.

—No, tres, hija mía. ¡Qué, acaso yo no soy nadie?—dijo Ramona entrando en el cuarto.

Marta y su padre se arrodillaron junto á la cuna para besar en la frente al niño, que se había quedado profundamente dormido con un sueño tranquilo y reparador, que era la mejor prueba de que había ya desaparecido todo peligro.

Desde aquel día el Sr. Valero se pasaba las horas enteras con su nieto en los brazos, y Marta, rebosando alegría, daba infinitas gracias á Dios que se había compadecido de ella. Su padre procuró por cuantos medios pudo, que todo el pueblo supiese la concordia que entre su hija y él había.

II

Bulliciosa y comunicativa es la alegría como muchacha pizpireta, bonita, bien compuesta y festejada que anhela siempre lucir sus galas y encantos y dar ocasión á requiebros y alabanzas. Es, por el contrario, la tristeza como mujer fea, desaliñada y pobre, que teme la luz del sol y evita la mirada de los hombres, porque aquélla hará desagradable su vista y éstas han de ser indiferentes, desdeñosas ó compasivas, y nada mortifica tanto el amor propio como la compasión desdeñosa del indiferente. La alegría en el alma es como el calor en los cuerpos: dilata, produce expansión; la tristeza, como el frío, contrae. El que experimenta una gran satisfacción, siente imperiosa necesidad de hacer pública ostentación de su dicha y hasta cree inconscientemente en el deber que tienen los demás de tomar una gran parte en ella. Hasta esas frases que se dicen al afortunado, en las que siempre hay algún dejo de amargura y se nota el retintín de la envidia, de «¡qué suerte tienes!» «eres el niño de la buena dicha!» «¡en qué pondrás tú la mano que te salga mal!» «¡suerte es lo que ha que pedir á Dios en este mundo!» hasta esas frases suenan en los oídos del dichoso como música armoniosa, porque... ¡es tan grato el ser envidiado!

El infeliz á quien abruma la desgracia, la oculta cuanto puede, tiene un convencimiento instintivo de que á los hombres, sintiendo demasiado la pesadumbre de las propias penas, no les quedan fuerzas ni ganas para entristecerse con las del prójimo. Hasta las exclamaciones compasivas, más aparatosas que sentidas, de «¡pobrecito!» «¡última me dá!» «¡si cuando la desgracia se ceba en uno...!» irritan las heridas del alma, en vez de aplacar sus dolores, porque... ¡es tan desagradable ser compadecido!

Al Sr. Valero, en su inmenso regocijo, tanto mayor cuanto más tiempo hacía que no experimentaba ninguno, le faltó tiempo para gozarse en contar á otro el motivo de su justa y legítima alegría; pero tuvo acierto en la elección de persona, y fué á comunicar el convencimiento que tenía de la inocencia de su hija á mosen Juan, verdadero amigo suyo y que con extremo quería á Marta, á quien llamaba la pobre mártir, porque en el confesionario había tenido ocasión de apreciar toda la desgracia de la joven y de sondear su bondadoso corazón.

FRANCISCO MARTIN ARRÚE.

CONDICIONES ECONÓMICAS DEL TRABAJO (1)

A dos principales pueden reducirse las condiciones que el trabajo requiere para que entre en los dominios de la ciencia económica: la *libertad* y la *division*.

Libertad del trabajo, significa el derecho que el hombre tiene de aplicar su actividad á una determinada clase de producción. Por division del trabajo, entendemos la disparidad de las operaciones productivas encaminadas á un fin común ó, mejor aún, la realización simultánea y armónica por varios hombres, de lo que uno sólo realizaría sucesivamente.

LIBERTAD DEL TRABAJO.—Por la libertad del trabajo cada individuo puede:

- 1.º Escoger la profesion que más sea de su agrado;
- 2.º Ejercerla siempre en todo lugar y época y en la forma que quiera;
- 3.º Dedicarse á varias ocupaciones á la vez, y
- 4.º Asociarse con sus compañeros de profesion ú oficio.

El trabajador *libre*, estimulado en su trabajo por el temor de perder y por la esperanza de mejorar su condición, trabaja más y mejor que el esclavo, cuyo único freno es el temor á las penas corporales, que embrutece la inteligencia y hacen nacer malos sentimientos en el corazón.

Incalculables son las ventajas que la libertad del trabajo trae consigo. Por su virtud resulta el equilibrio entre la oferta y la demanda, la producción y el consumo, la abundancia y bondad de los productos y el progreso en la industria.

Esta libertad económica es parte integrante de la libertad civil y ambas se fundan en libertad moral. Aumentando la civilización las comodidades de la vida, multiplica los medios de disfrutar de ellas, y entonces nace verdaderamente el deseo de ampararse de las leyes, las personas y las cosas que componen el mundo industrial. El gobierno establece á la sazón reglas á las cuales deben ajustar su conducta los ciudadanos.

Entonces surge la dificultad de deslindar los campos, determinando el límite á dónde puede llegar la acción oficial; porque si el Estado fuera poco á poco absorbiendo la acción del individuo, éste perdería toda su libertad y toda su iniciativa.

Que el Estado tiene ciertos derechos, es indudable; determinar cuales sean éstos, es problema que hoy pende de la solución necesaria. Pues bien; el Estado tiene determinados derechos, y para ejercitarlos necesita emplear medios preventivos ó represivos. La represión deja libre la actividad individual, absteniéndose la autoridad de mezclarse en el movimiento general de la producción, mientras no haya algo que corregir ó enmendar. Por el contrario, el sistema preventivo oprime la actividad espontánea y fecunda de los particulares, porque los mejores reglamentos no pueden alcanzarlo que el interés individual. Además, los reglamentos son inflexibles, no se amoldan bien á la naturaleza de la industria, con aquella decilidad y maleabilidad, si se nos permite la frase, que es propia del trabajo libre. También, y este es uno de los mayores defectos del sistema preventivo, acostumbra á los pueblos á vivir bajo la tutela del Estado, de donde nace que los individuos abdiquen de toda su iniciativa y voluntad en el gobierno de quien esperan un remedio imposible á sus males, y de este modo se abandonan los intereses particulares y se acostumbran los ciudadanos á la indolencia y la disipación.

La ciencia económica, por consiguiente, condena las leyes que privan al ciudadano de la justa libertad de escoger el oficio, arte ú ocupación á que más le llamen sus facultades. Se opone también resueltamente al planteamiento de disposiciones reglamentarias que se refieran al modo y forma de la producción, por encontrarlas opuestas á todo progreso industrial. Reprueba los privilegios exclusivos, la tasas y

posturas, la llamada policía de los abastos, las aduanas de tierra, y, en una palabra, todas las trabas ó vejámenes, procedan de donde quieran, que embarazan la marcha y desarrollo de la agricultura, el comercio y la industria.

Las leyes, en nuestro concepto, y en lo que atañe y concierne á la esfera de la Economía, sólo deben tener un carácter administrativo, y más que todo higiénico: deben procurar por que las fábricas y los talleres tengan buenas condiciones de salubridad. Fuera de estos casos, la intervención del Estado, sólo debe limitarse á remover todos los obstáculos que se opongan á la buena marcha del trabajo.

DIVISION DEL TRABAJO.—En la producción es necesario, como dice el ilustre economista Gustavo de Molinari, que haya una proporción natural y necesaria. Esto es lo que antes decíamos la division del trabajo.

El origen histórico de esa division es la naturaleza misma del hombre. Si de ese origen pasamos á encontrar el científico, veremos á muchos escritores de la antigüedad tratando esta cuestión en el terreno de la filosofía. Así Platon y Xenofonte en tiempos más remotos, como Rousseau, Beccaria, Quernay y otros en épocas más recientes, han tratado con más ó ménos extensión y mayor ó menor exactitud tan importante asunto.

Segun A. Smith, la division del trabajo encuentra su razón de ser en la propensión que tiene el hombre á cambiar los productos de su trabajo. Molinari la hace basar en la diversidad de aptitudes y de agentes naturales exparcidos por el globo.

Como anteriormente hemos manifestado, la division del trabajo consiste en la distribución de las varias operaciones productivas, de suerte que cada individuo ejecute operaciones diversas. Esta division del trabajo, atendido su origen y fundamento, que en nuestro concepto el más acertado es el expuesto por Molinari, es de dos especies ó clases distintas. Consiste la primera en la division y subdivision de las diferentes industrias, bien atendida la localidad ó la clase de productos, y además en la distribución gerárquica de cada una de las operaciones en cada industria determinada. La segunda, llamada por algunos autores division del trabajo en sentido estricto, tiende á fraccionar, distribuyéndolas entre varias personas, cada una de las operaciones que se requieren como necesarias para obtener un producto.

Esta separación de las operaciones productivas ó, adoptando una denominación más filosófica, esta descomposición del esfuerzo humano en géneros y especies, de modo que en todas y cada una de sus funciones haya unidad, variedad y armonía, que son las tres condiciones del arte (1), nace de un modo natural en la familia primero, despues en la nación y, por último, en todos los pueblos del globo.

«Una comisión de la Cámara de los Comunes, dice Babbage (2), ha consignado en una información parlamentaria que se cuentan en el arte de la relojería *ciento dos* operaciones distintas, cada una de las cuales exige un aprendizaje especial.»

La division del trabajo es aplicable también á la producción intelectual. Un filósofo resumía en Grecia casi todos los conocimientos humanos, un jurisconsulto era en Roma el representante de la sabiduría y hoy se han ramificado extraordinariamente las profesiones liberales.

La division del trabajo puede aplicarse á todas las industrias, pero en todas ellas tiene sus límites marcados por la naturaleza de las cosas (y esto sucede porque las operaciones productivas sean indivisibles, escasas ó de corta duración), ó por falta de capital, de consumo, de empresario inteligente; ó límites, en fin, que provienen de la situación del mercado.

La division del trabajo tiene sus ventajas para la industria, y son las siguientes:

- 1.ª Aumenta la habilidad del obrero por la misma repetición de los mismos actos.
- 2.ª Ahorra el tiempo que se perdería al tener necesidad de cambiar de lugar, de posición y de instrumentos del trabajo.

3.ª Utiliza todas las aptitudes, reservándose las operaciones más penosas á los más fuertes, las más difíciles á los más capaces y diestros, y las que requieren el empleo de un esfuerzo menor ó una mayor paciencia ó habilidad, á las mujeres y niños.

4.ª Economiza muchos capitales, pues con ella es ménos apreciable el desperdicio de las materias primeras y menor el desgaste de los instrumentos y herramientas, por ser también más corto el aprendizaje; y

5.ª Facilita la invención y mejoramiento de las máquinas, útiles y herramientas destinadas á la producción.

La division del trabajo ahorra el tiempo, porque el operario no abandona la ocupación que le está encomendada, sino para tomar el necesario descanso, y consagra á la producción todo su celo y todas horas de que dispone.

Aumenta la destreza de los obreros porque los habitúa á ejecutar una misma operación, y sabido es que la costumbre constituye una segunda naturaleza. Un herrero que jamás haya hecho clavos, dice Smith, si se pone á hacerlos no fabricará al día más que 200 ó 300, y aún en tan corto número serán malos; otro herrero, habituado á hacerlos, pero cuya principal ocupación no sea ésta, no hará más que 800 á 1.000; al paso que hay operarios muy jóvenes que, constantemente dedicados á la fabricación de clavos hacen al día más de 2.000.

Utiliza todas las aptitudes y todas las fuerzas, porque cada operario puede dedicarse á la función especial de la producción que sea más adecuada á su particular naturaleza.

En una manufactura en que el trabajo esté muy dividido, dice Babbage, se ocupan en las tareas fáciles las mujeres y los niños, reservándose para las difíciles los hombres, como más diestros y robustos. Así en la fabricación de alfileres hay ciertas operaciones, como la de estirar el hilo metálico y la de hacer las puntas, que exigen fuerza y habilidad, y por eso se confían á hombres que ganan buenos salarios; al paso que otras, como la de poner las cabezas y empapelar los alfileres, requieren ménos vigor y destreza y se encargan á mujeres ó á niños.

Economiza capitales, porque si el trabajo no estuviese dividido, tendría cada individuo que verificar las operaciones diversas que reclama el estado rudimentario de la industria. Y, por último, facilita la invención y perfeccionamiento de las máquinas, porque la atención de cada uno se fija en un solo objeto y descubre medios más fáciles de realizarlos antes, que si estuviese repartido entre varios.

La division del trabajo, aparte de las ventajas que presenta y se acaban de señalar, tiene también sus inconvenientes. La constante uniformidad de la tarea productiva puede causar disgusto y enfado y molestar la inteligencia. La condición del obrero es también más precaria cuando no posee un oficio completo ni alcanza á producir por sí sólo, porque, en este caso, se convierte en una rueda aislada de una máquina complicadísima, y ¡cuán fácil es entonces suprimir aquélla sin que sufra quebranto el organismo principal!

LA UNION HISPANO-AMERICANA

CONTINUACION DEL CAPÍTULO II

Geografía topográfica é historia de Méjico

Zacatecas, hermoso Estado central, cubierto de altas cuapintorescas montañas, en cuyas rocas ó profundas entrañas se encuentran preciosos metales, es muy conocido por las aguas termales que brotan de su suelo, dando gran riqueza de salubridad á quien las emplea.

Limita el Estado de Zacatecas: al N. con Coahuila; al E. con San Luis de Potosí; al S. con Aguas Calientes, y al O. con Durango y Talisco. Su capital es Zacatecas, en cuyos alrededores se encuentran minas de plata, objeto de explotación, y dá un gran apoyo á la ciudad, pues en ella y sus cercanías habita el minero por contener las montañas los más ricos filones del mundo, así como también en sus cercanías hay lagos que ofrecen la particularidad que suelen cubrirse de florescencia hidrozotada y de carbonato de sosa.

Los pueblos Fresnillo y Sombrerete son notables por sus trabajos, muy ricos y apreciados en la minería, sobresaliendo el de plata y cobre.

Aguas Calientes, situado al S. de Zacatecas y casi rodeado

(1) Capitulo de una obra de Economía política, próxima á publicarse.

(1) Carreras y Gonzalez.—*Tratado de Economía política*.

(2) *Ciencia económica de las manufacturas*, pág. 37.

por éste, es un país bello y su clima delicioso, pudiendo competir con el de los mejores de América; la industria es muy próspera, son apreciadas sus manufacturas y tienen gran salida los paños. El comercio que sostiene con los demás Estados es mucho, y á esto debe una de sus principales riquezas. La capital, Aguas Calientes, hermosa población que debe su nombre á las aguas que encierra, sus terrenos son muy fértiles, y por todo el ancho espacio que alcanza la vista del observador se ve cubierto de diversidad de productos, hijos todos del trabajo y la constancia y afán con que los labradores están animados; así es que se encuentran los campos cultivados como los mejores de Europa. La capital tiene 32.000 habitantes, y el conjunto o suma del Estado de Aguas Calientes consta de unas 90.000 almas.

San Luis de Potosí, de todos conocido por la gran nombradía de las ricas minas, con especialidad de plata, que contienen sus ya explotados terrenos, es montañoso y pantanoso, por lo que tiene varios climas, propios de la variación del terreno y de su mayor ó menor elevación. Sin embargo, la parte E., que es malsana, cria y se recogen en abundancia ricos frutos, que son muy disputados en los mercados mejicanos.

Este país, que se ve cruzado por la parte E. de altos montes en los cuales se crían los arbustos que adornan la desnudez de la tierra con sus verdes ramajes; estos arbustos los crían para leña, de los que sacan sus habitantes buenas ganancias, pero lo que más producto da y por lo que es conocido San Luis de Potosí, es, como hemos dicho ya, por sus minas.

La capital, San Luis de Potosí, es una de esas ciudades mejicanas bien construidas, que adornan sus paseos fuentes bellas y algunas de verdadero mérito; sus edificios no tienen nada de particular, y únicamente merecen darse á conocer la iglesia de San Pedro, la Casa-Moneda y otros; comercia con sebo y animales, y, como todas las capitales de los Estados confederados de Méjico, en sus alrededores hay minas de plata.

En Guadalcázar se encuentran algunas vetas de plata. Catorce, ciudad con minas de plata. Tula, situada sobre el río de Santander.

Guanajuato, como el Estado de San Luis de Potosí, encierra las entrañas de sus tierras ricos filones de minerales, pero en especialidad la plata. Estas minas, aunque no tan celebradas como las anteriores, no dejan de ser tan ricas; la tierra, avara y codiciosa, guarda en su seno inmenso tesoro, pero no por eso deja de poseerlo menos rico en la superficie; el suelo es fértil y produce cereales. La capital, Guanajuato, es una ciudad regular y en sus cercanías hay minas de plata: tiene 56.000 habitantes, sus calles no tienen por qué llamar la atención, pero no por eso deja de haber buenos edificios pertenecientes á acaudalados propietarios que les dan el nombre de palacios, algunos de ellos de mérito.

Donde existe una mina puede decirse que hay un pueblo; á esto sólo deben su existencia los pueblos de Valencia, Santa Anita y otros, algunos de los cuales son muy importantes por la minería y la riqueza que ésta da (1).

Leon, rica población que comercia con cereales y que los terrenos son de muy fácil producción.

Salamanca, con 15.000 habitantes, es de un terreno muy fértil y todas sus inmediaciones muy pobladas: tiene de notable esta ciudad el convento de los Agustinos. Celaya, ciudad bonita, y El Jaral, notable fortificación ó castillo perteneciente á un particular, quien posee la enorme suma de tres millones de cabezas de ganado; con este solo dato puede ya comprenderse la abundancia de éstos en el Guanajuato.

Querétaro, situado al S. de Guanajuato, al O. de Veracruz, al N. de Tlaxcala y al E. de Mechoacan; este Estado ocupa una parte de la meseta central de Méjico. El río Tu la corre su suelo y es la principal corriente, la cual baña un elevado valle, país en un todo árido, exceptuando á la capital, Querétaro. Es esta ciudad, sin disputa, una de las más bellas y pintorescas de Méjico, ya por su posición, ya por sus productos, ya por el trabajo del hombre ayudado por la misma naturaleza; está rodeada de amenos jardines que impregnan la atmósfera de rica esencia, y á donde acuden los pájaros compañeros de la flor inundando el aire con sus alegres trinos, contribuyendo con el color brillante de su plumaje á la competencia entre la flor que da esencia y el ave que da las más dulces y delicadas notas.

En estos jardines nace el cocotero, y aquel que por su carácter ó penas quiera estar alejado de la alegría de la Naturaleza, encuentra el ciprés, que con su mixta sombra le consuela; á toda esta poesía se mezcla la prosa, y la prosa más poética, la industria, que llena de humo el espacio, y como donde hay industria hay comercio, se ven los wagones ir y venir cargados de manufacturas; á más, hermosea la ciudad de Querétaro un acueducto que abastece de agua á la población. San Juan del Río está lo mismo: llena de jardines, pero no como la capital. Cadereita, bonita ciudad.

Méjico, la antigua capital del imperio de Motezuma, es la de la República mejicana; pero ahora sólo exponemos el Estado de Méjico, y nos ocuparemos de las bellezas de la ciudad magna más adelante. Está sobre la meseta que lleva su nombre y se encuentran lagos, ya secos, ya con corta cantidad de aguas; el clima es aquí primaveral, y por lo tanto, están constantemente los campos llenos de productos que

(1) Malte Brun dice que en 1801 la mina de Valencia tenía 314 metros de profundidad; obreros 3.000; gastos de explotación 1.000.000 de duros, y el producto limpio 6.000.000 de duros.

mantienen sus hojas verdes, más no deja muchas veces de perder el campesino sus cosechas, pues se suelen inundar sus terrenos, á causa de las lluvias, que son grandes, y de que las nieves de sus montañas se derriten, formando inmensos torrentes que llevan la destrucción; las montañas están cubiertas de cedros y otras maderas, y dan drogas, metales, gomas, sales, mármoles y muchas piedras preciosas, y en todo terreno llano se encuentran los productos más ricos: lino, algodón, tabaco, anís, piña, azúcar, pita y la cochinilla, que exportan en gran cantidad.

Como se ve es un país muy bello y delicioso, y que á pesar de la altura en que se halla es un clima muy templado, y, por lo tanto, los productos son propios de este clima; no deja de haber volcanes, que son muchos, y que sería pesado é interminables el citarlos.

Entre sus curiosidades hemos oído narrar á un viajero, que la más sorprendente es el Puente de Dios, que consiste en una inmensa roca que pasa el río Aquetoya que, en forma de puente, cruzando el río por debajo canoas y pequeños barcos, á más sirve de acueducto por haber el agua abierto un canal en la piedra, siendo imponente y majestuosa tal obra de la Naturaleza, que parece quiso evitar á sus naturales tal construcción, y al mismo tiempo hace humilde alarde de su poder.

El Distrito Federal; este tiene por cabeza á Méjico, capital de la República, situada á espaldas de la meseta.

Es esta ciudad demasiado conocida para que nosotros tratemos de darla á conocer, pero, sin embargo, la describiremos á grandes rasgos. Está cruzada por canales que la hacen muy alegre y pintoresca, su suelo es muy movedizo, y así se comprende que, según cálculo de un eminente geógrafo moderno, la catedral se ha hundido dos metros. Las calles de la población son anchas y rectas, los edificios que la forman son de majestuosa apariencia y muy sólidas, pues están edificadas con pórfido y roca; pero entre todos esos edificios que hacen una ciudad de las mejores de toda la América, se levantan las altas torres de un edificio que para el viajero es el mejor de todos; las cúspides de esas torres parecen querer comunicarse con el cielo, y el aspecto de ellas manifiesta que debe ser una de esas construcciones que solo son destinadas al rey de los reyes, al único señor de todo lo creado, y al que el hombre, queriendo dar á comprender su grandeza, le da los más majestuosos palacios y le adornan con el oro y pederria, llenándolo de boato y magnificencia. Cuando él fué pobre, amó á la pobreza, la predicó y murió pobre, dando á entender con esto que él más quería la sencillez, que es la verdad, al lujo y esplendor del oro, que suele ocultar la perfidia. ¿Qué más templo que el corazón del hombre? Pero al fin éste debía manifestarle su admiración, y le da lo que es suyo, envolviéndole en el resplandor de lo que para el mundo materialista lo es todo: el oro.

Este edificio es la catedral mejor del mundo, es una joya de arte y encierra muchas más; el estilo es gótico.

La balustrada que separa al altar mayor de la nave es de plata maciza, y la inmensa lámpara que pende de la bóveda del templo, es también de plata y está adornada con dibujos de oro; es tan grande, que para limpiarla se meten dentro de ella tres á cuatro hombres; las imágenes que se veneran son de plata maciza, algunas sobredoradas, y están cuajadas de piedras preciosas. Este es el templo principal, ó mejor dicho, la catedral, la que con orgullo ostentan los mejicanos.

En cuanto al adorno y belleza de la ciudad, no tiene ésta nada que desear; los palacios todos de severa forma, las fondas con el bullir de los que entran y salen, las fuentes que se encuentran en los paseos y en las anchas euan hermosas plazas públicas, forman el conjunto digno de una gran ciudad europea. En edificios es abundante, pues son dignos de citarse la Escuela de Minas, Academia de Bellas Artes, Jardín Botánico, Sociedad Nacional de Geografía y Estadística, Museos, Bibliotecas; en la Plaza Mayor es donde están los mejores edificios, pues los que hemos citado son como centros científicos. En dicha Plaza es donde están los palacios de las Cámaras y el del presidente, todos ellos morada de los vireyes de España. En el centro de la Plaza se levanta majestuosa la estatua de Carlos IV de España; es de buena ejecución y de una estatura regular, y la catedral; en la misma Plaza está el convento de San Francisco.

En paseos, la Alameda, jardín que constantemente se halla visitado por todo aquel que es amante de la floricultura y de las bellezas que ofrece el trabajo del hombre unido con la flor, que forman diversidad de cuadros matizados con el surtidor de clara agua que brota de entre sus ramas. El paseo de Vega está formado por un canal en cuyos bordes están cubiertos de sombra, prestada por los árboles que en sus orillas existen, y otros varios, todos ellos llenos de poesía y encanto, y aún más bellos cuando son las mujeres las flores que vagan por ellos. Estas son bellas y de unas formas delicadas, y las de la aristocracia no salen apenas de sus casas, á no ser en carruaje, á causa de lo sucio de las calles y de los muchos indios que por ellas andan, que con su aspecto repugnante las aleja más de ellas; pero no obstante se ven en los paseos muellemente reclinadas en los cojines del coche, dando al aire el humo del cigarro que oprimen entre sus delicados labios. La mujer mejicana se deleita en el uso del tabaco, y no es extraño allí el verlas fumar. Únicamente cuando se las puede ver y admirar es en Semana Santa, en que se cierran los comercios, y como los carruajes no pueden circular por las calles, se las ve, llenas de ricos encajes y valiosas alhajas, acudir á las iglesias. Las indias y mozas de pueblo ostentan también costosas joyas; lo que más hay que

llame la atención, consiste en el calzado de ellas; es elegante, y como el pie que oprime es pequeño, hace todavía más bello y extraño. En estos días se despliega el lujo; no se ven por las calles más que oro, pederrias, y en la niña la perla. Las iglesias se adornan con todo el lujo que es posible, y las flores ocultan al alegre pájaro que, á la vez que el órgano eleva sus notas, él eleva sus dulces trinos, envolviendo el humo del incienso todas las sagradas efigies, y desapareciendo juntamente con los cánticos religiosos de las altas bóvedas del templo para trasladarse á las bóvedas del Firmamento.

Esta gran ciudad, que en estos días se presenta con tanto boato, sostiene comercio con Veracruz, á pesar de las montañas é inmensas mesetas que se les interponen, así como también lo efectúan con la costa del Occidente; su industria está decadente, pero en lo que más se distingue es en la fabricación de jabón, tabaco y cotonadas, y, en especialidad, en el ramo de platería; pues en esto aventaja á todos los pueblos.

Las chinampas son unas islas llenas de flores, rodeadas de agua, por las que el indio hace correr su canoa; son de aspecto maravilloso; multitud de cuadros forman sus jardines entre los cuales se siembra la legumbre, siendo á la vez que, provechoso, de recreo. Esta es la capital de todos los Estados confederados y en la que reside el Poder Ejecutivo.

Al N.E. del lago Tezco están exparcidas las ruinas de las antiguas pirámides que servían de adoración al sol y á la luna, pues á estos dos astros estaban dedicadas; debieron ser en verdad dignos de atención estos monumentos, según datos adquiridos. La primera, ó sea la del sol, tiene 53 metros de elevación por unos 215 de base; la de la luna tiene algunos metros menos; éstas todavía existen, pero en su alrededor se encuentran piedras demolidas y bases como si sobre ellas se hubiesen levantado pirámides ya destruidas. Al E. Tezcuco, en el lago que lleva su nombre, y es conocido por sus fábricas de algodón, y contiene muchas antigüedades de Méjico. Nuestra Señora de Guadalupe es una ciudad que posee iglesias muchas y muy bellas; aquí fué donde se celebró el contrato, por el cual, la República mejicana entregaría mediante una cantidad de dinero, el N. de los Estados confederados, españoles-mejicanos, que consistían en Nuevo-Méjico, Alta California y Utah en 1848.

El Estado de Méjico es como hemos dicho fértil, y en Toluca había un árbol que, por su configuración, creyeron que era el único; sus hojas tienen la forma de una mano, pero luego se descubrió que existían en las montañas de Guatemala y aún en San Salvador.

RAMON DE SANJUAN.

(Continuará).

EL MOVIMIENTO RELIGIOSO EN EUROPA Y AMERICA

(Continuación)

CAPÍTULO SÉTIMO

Los Jansenistas de Holanda. Los Pietmonistas.—Los Revivalistas.—Los Lazzarettis y los Tyngs.—Los Svedborgistas.—Los Baptistas.—Brigham y los Mormones.—Los hermanos penitentes y la moralidad religiosa en América.

I.

Si alguna duda pudiese cavernos sobre la gran descomposición que reina en el seno del catolicismo, nos la aclararan suficientemente la existencia de tantas sectas como brotan á cada momento, de entre los mismos católicos. Europa cuenta 148 millones de católicos romanos, 70 millones de ortodoxos griegos y 71 de protestantes.

Las tres razas principales europeas tienen: la latina, 97 millones de individuos; la germánica, 95, y la eslava, 86 millones. El catolicismo lo constituye la raza latina, y 14 millones de la germánica; el protestantismo lo constituye principalmente la raza germánica.

Pues bien, de entre ese gran número de católicos han brotado en estos últimos años tantos reformistas *discrepantes*, que el número de los que comulgan con el Pontificado se vé reducido cada día más, y se teme que representen bien pronto la minoría más exigua en el catolicismo.

Hemos de examinar aquí, aunque á la ligera, las tendencias de estos reformadores religiosos, aun de aquellos que por su excéntrica doctrina merecen la risa, ya que no la lástima, del adusto pensador.

En primer término aparecen los *Jansenistas*, que hoy forman ya una agrupación respetable.

Sabido es que en Holanda hay aún tres obispos jansenistas, que están, como sus antecesores, bajo el peso de la excomunión; pero por esto dejan de ejercer sus funciones. Cuando uno de ellos muere, los otros dos se reúnen para darle sucesor, sin recurrir á la

santa Sede; y tan sólo el nuevo obispo, una vez consagrado, tiene el atrevimiento de dar parte al Soberano Pontífice de su promoción. Al advenimiento de Leon XIII, los tres actuales obispos jansenistas, le han escrito, diciéndole que estaban llenos de veneración y aún de sumisión, llamándose católicos verdaderos y sinceros, creyendo que el Papa es el primero de los obispos.

Hasta aquí no van del todo mal; pero en seguida se quejan de ser hace ya mucho tiempo víctimas de una calumnia, por la que permanecían en el cisma, según la Santa Sede; y después, haciendo sus reservas, declaran que no pueden admitir los dogmas de la Inmaculada Concepción de María Santísima, ni la Infalibilidad pontificia, añadiendo que todo el mal que ellos sufren viene de los jesuitas. En fin, concluyen diciendo al Papa que piden á Dios que le ilumine, para que pueda hacerles justicia. Se ve, pues, que estos prelados, cismáticos y herejes, quieren, no ir ellos á la Iglesia católica, sino que la Iglesia venga á ellos: es como sucede siempre en casos iguales, lo contrario al orden establecido por Jesucristo.

II

Y en tanto que estos prelados disidentes sostienen y fortifican á los jansenistas, en Alemania surgen los partidarios del *Pietismo*, secta extravagante, y cuyo nombre se dá en la Iglesia Evangélica de Alemania á las ideas religiosas análogas á las que produjeron en el catolicismo la creación de las órdenes monásticas. La necesidad de la vida en comun y de los ejercicios de piedad indispensables para la salud del alma, y la separación más completa del mundo, considerado como ocasión continua de pecar, tales son los principios que han formado la base del pietismo, ú sea del monaquismo protestante. De la misma manera que los monjes consideran que la santificación del espíritu no es compatible con la vida del siglo, con los lazos de la familia y de la sociedad; de la misma manera el pietismo, sin llevar las consecuencias de estas ideas hasta la claustración, cifra su ideal en la vida ascética contemplativa, y proscribió como crímenes los placeres y las diversiones. Bajo este punto de vista, puede decirse que el pietismo indica una reversion del protestantismo hácia las ideas católicas y una desviación de la reforma protestante.

En 1691, la facultad de teología de Leipzig obligó á los discípulos de Spencer el fundador de los «collegia pietatis,» á cerrar sus aulas, y prohibió sus asambleas. El protestantismo veía, en efecto, un peligro para la libertad de examen y el espíritu liberal que había dado lugar á la reforma en estas prácticas severas de piedad, en esta creencia de la necesidad de la gracia para la salvación del alma, y sobre todo en estas tendencias á la separación casi completa de la sociedad civil. Muchos gobiernos en el siglo XVII proscribieron sus doctrinas y las reuniones de sus adeptos. Hoy mismo puede decirse que los pietistas tienen en su mano el poder. La emperatriz Augusta de Alemania lo es, y nadie se atrevería á jurar que no lo sea el emperador, pudiendo asegurarse que ésta es el fondo de la cuestión que divide más profundamente á la familia imperial de aquel país.

Es innegable que el Pietismo viene á herir mortalmente á los protestantes, por lo mismo que amenaza tomar grandes proporciones.

III

Pero nada tiene comparación con los estrafalarios *Revivalimses*, los más raros religiosos de estos tiempos.

Esta nueva secta del protestantismo ha sido importada á Europa de la América del Norte, donde hay hombres para todas las mayores extravagancias, escogiendo para sus cuarteles generales en el viejo Continente, la ciudad de Londres, el pueblo cosmopolita por excelencia.

Los *Revivalimses*, especie de misioneros protestantes, viajan por ciudades y aldeas convocando á un público numeroso, y haciéndole oír sermones de forma singular, con grandes efectos oratorios, con doctrinas algún tanto extrañas, pero que por lo mismo producen profunda seración y alcanzan grandes conversiones.

Dos de esos misioneros americanos, Moody

y Tankey, tienen un éxito inmenso en Londres. Ordinariamente pronuncian sus sermones en el *Agricultural-Hall*, salón donde habitan miles de personas. Ambos son de elevada estatura, de facciones bien acentuadas, de mirada penetrante, poblada barba y largos cabellos. Su presencia impone; su palabra, sonora y vibrante, conmueve.

El *Revivalims* se ha hecho de moda (si podemos emplear esta palabra profana en asuntos profundamente religiosos) hasta el punto de que algunos aristócratas se han dado á la predicación como simples misioneros.

Lord Radstock y el marqués de Cholmondeley han predicado en el gran teatro popular de Victoria. Cuando la concurrencia es de obreros, el tema de los sermones suele ser este: «Pan y Evangelio.» Al otro día, Mr. Moody predicaba ante una multitud barajosa en Bow-Road, y después de haber contado varias historias conmovedoras, exclamó. «Hé aquí que está escrito: el que crea en mí será salvo. ¡Pues bien! ¿Creeis? ¡Os pido que vayais á reunirnos con El allá arriba! ¿Quién irá á buscarle? ¿Quién quiere partir esta noche para la gran peregrinación?» A estas palabras, cientos de hombres y mujeres se levantaron por un sólo impulso, declarándose prontos á todo.

IV.

Otra cosa son los *Lazzarettis* ó *Tyngs*, á quienes también otros llaman cristianos patriotas. Lazzaretti, ha aparecido en Italia y se dice ser el sétimo hijo del tercero de Adán.

Este individuo es simplemente un antiguo carretero, que se ha hecho de pronto teólogo, filósofo, hombre político y profeta. Ha sido condenado últimamente á seis meses de prisión por el tribunal de Perouse y luego absuelto por el tribunal de apelación de Florencia.

Pretende que San Pedro se ha tomado el trabajo de pintarle en la cara una cruz latina muy bien hecha encerrada entre dos paréntesis.

Lazzaretti ha escogido por punto de sus predicaciones la pequeña ciudad de Arcidosso, en Toscana. Ha conseguido adquirir numerosos satélites, sobre todo entre los aldeanos. Un clérigo suspendido á *divinis* ha sido también por un momento uno de sus partidarios más adictos.

Lazzaretti aconseja á sus adeptos que renuncien á los bienes de este mundo, que ellos deben ofrecer á Dios por su meditación ó la de cualquiera de los doce apóstoles que forman su cortejo ordinario.

Lazzaretti había anunciado para el 12 del corriente la venta de los muebles, de los cuales los más crédulos neófitos se habían desprendido «para agradar á Dios:» pero informado de que la policía se proponía intervenir, juzgó prudente no presentarse.

Esto fué en extremo desconsolador para Lazzaretti y para los tontos á quienes en compensación de su servicio debía, después de la venta, comunicar la palabra de Dios en una conferencia privada.

Lazzaretti ha publicado recientemente varios opúsculos que han sido prohibidos por la congregación del Índice.

Pero no es esto todo; la *Gaceta de Italia* decía poco ha que el sétimo hijo del tercero de Adán ha encontrado la muerte como el descendiente más lejano de nuestro primer padre, y en circunstancias desastrosas para su reputación de santidad.

Véase el despacho que este periódico ha recibido de Castel del Piano:

«En el momento en que David, el santo descendía del monte Labró, seguido de algunos de sus fanáticos compañeros, tuvo un encuentro con los carabineros reales, fué muerto en la esplanada de Arcidosso.

La pequeña tropa que le escoltaba llevaba banderas encarnadas, y gritaba: ¡Viva la república!»

Este David Lazzaretti, que se proclamaba superior al vicario de Jesucristo, al mismo Cristo, y que decía que estaba en relaciones con el Padre Eterno y el Espíritu-Santo, había sido garibaldino, y había vivido en Lyon.

Otro profeta ha hecho igualmente su aparición en los Estados-Unidos.

La nueva religión imaginada por el doctor

Tyng lleva el nombre de *Jardin del Evangelio*. El doctor Tyng hace cantar á sus discípulos himnos de amor y de reconocimiento á Dios, en una sala refrescada por surtidores de agua y adornada de flores naturales de todas clases.

El templo, que le parece el más á propósito á la majestad de Dios, es una abrigada estufa llena de árboles y de plantas siempre floridas.

Y no se diga que tales excentricidades no encontraron prosélitos, que bastantes eran los que simpatizaron, desde un principio, con estos extraños reformadores, y cómo si esto fuese poco, *La Italia* anuncia la aparición en Riverzaro de un nuevo profeta, del mismo género que David Lazzaretti.

Llámase Salvador Brassesco; es ebanista, y está domiciliado en Génova. Impulsado por el fanatismo religioso, se puso á recorrer los campos predicando el Evangelio.

Hace algún tiempo que Brassesco, fué sorprendido por los carabineros mientras que predicaba, y fué conducido á la cárcel por no reconocersele medios de subsistencia, ni llevar documento alguno que acreditara su personalidad.

Hace algunos días ha sido juzgado y condenado á cuarenta y cinco días de cárcel y á seis meses de vigilancia como culpable de delitos de ociosidad, vagancia y mendicidad ilícita.

Este nuevo apóstol es un gallardo mozo, con toda la barba y los cabellos largos. Su frente es ancha; su rostro pálido y enflaquecido, le dan cierto parecido con Jesús.

Salvador Brassesco ha servido en el ejército de su país. En 1864 y 1865 combatió el bandolerismo en las provincias de Salerno y Caserta, como cabo de la séptima compañía de un regimiento de la brigada de Reggio.

En un encuentro con los bandoleros recibió una grave herida en el antebrazo derecho, lo que le valió una mención honrosa.

En 1866 hizo la campaña contra el Austria, y en 1870 combatió con la división Bixio en las puertas de San Pancracio y Cavalleggeri en Roma.

Hasta aquí los principales pontífices del Lazzarettismo.

V.

Los Swedemborgistas aparecen también en Francia, despertando extraña curiosidad en las muchedumbres.

En estos días llama la atención de los curiosos de París el pequeño templo que la secta de los Swedemborgistas está levantando en la calle Thouius, cerca del Pantheon.

Una interminable procesion de gente ocupada visita aquellos alrededores y á una señora encargada de un gabinete de lectura unido á la iglesia en construcción, con el objeto de adquirir noticias.

¿En qué consiste la doctrina de los Swedemborgistas? preguntará el lector.

Hé aquí los tres puntos capitales en que se funda:

I.—Dios es uno en esencia y en persona. En él existe una trinidad de atributos ó de aspectos distintos, lo cual se llama Padre, Hijo y Espíritu. Jesucristo, en quien reside corporalmente toda la plenitud de la divinidad, debe ser el sólo objeto del culto.

II.—Para poderse salvar, el hombre debe vivir, según los preceptos del Señor, que pueden condensarse en la sublime máxima de amar á Dios y al prójimo. Débese reconocer que todo bien y toda verdad, que la vida y la salud provienen sólo del Señor y que el hombre por sí mismo, sólo es el mal y el error.

III.—La Santa Escritura está divinamente inspirada y contiene los tesoros infinitos de la sabiduría divina. La verdad ó la palabra de Dios no está solamente en el sentido literal de la Biblia. Encuéntrase, sobre todo, en el sentido oculto ó espiritual y no puede ser descubierto sino por la ciencia de los correspondientes ó iniciados entre las cosas espirituales y las sobrenaturales.

Tales son los principios fundamentales del culto cuyos oficios comenzarán en París el día 1.º del próximo mes de Octubre.

A partir de este día, todos los domingos, á las tres, el más anciano de los miembros de la secta leerá algunos fragmentos litúrgicos, un

capítulo del Antiguo Testamento y otro del Evangelio; después los asistentes cantarán un salmo, y la ceremonia será terminada con la lectura de un párrafo de Swedemborg, seguida de una especie de bendición.

Vamos á dar ahora algunos ligeros detalles acerca de la historia y fundación de esta secta.

Instituyó esta secta en Suecia, en la segunda mitad del siglo pasado, Swedemborg, escribiendo al efecto varias obras.

La primera traducción que se hizo de sus obras, hizo un benedictino francés que vertió á su idioma el libro titulado *Cielo ó inferno*. Apesar de esto, el benedictino traductor no fué un partidario decidido y serio del reformista sueco.

Moet, el bibliotecario de Versalles, emprendió en 1786 la traducción completa de las obras de Swedemborg; pero falto de recursos, aquella traducción hubiera quedado manuscrita á no ser por la generosidad de un miembro del Parlamento inglés, que fué á París expresamente, á pesar de sus ochenta y cuatro años, á pagar la edición, edición que costó 30.000 francos.

Leyóse mucho la traducción de Moet, pero hizo pocos prosélitos.

En 1820, ocho ó nueve sectarios se reunían en París en casa del abogado Gobert. Un año más tarde la nueva religión contaba prosélitos en Nantes, Angers, Sisteron, Gap y Besançon.

El más activo propagador de las doctrinas de Swedemborg, fué el capitán Bernard, de Vannes.

Después de recibir una educación anti-religiosa, como todos los de su tiempo, ocupábase con ardor en las ciencias naturales, cuando encontró un volumen del nuevo reformista. Adoptó con entusiasmo sus ideas, y las propagó entre los oficiales de su regimiento, el 23.º de línea.

Muchos compañeros suyos adoptaron sus creencias, haciendo lo mismo su padre y un literato nantés, monsieur Richer.

Léjos de imitar á sus compañeros de secta ingleses, los franceses no osaron introducir innovaciones.

Las experiencias místicas de cierta Mad. de Saint-Amour, discípula de Bernard, retrajeron á muchas personas sensatas de seguir aquellas doctrinas.

Algunos adeptos, tales como el general De Bissy, el doctor Brunet, el conde de Pirague y el abate Agger, dedicáronse á interpretar sueños y visiones, llegando hasta el punto de enloquecer, como le sucedió al último de los nombrados, el abate Agger, que concluyó sus días en una casa de locos.

En 1833 el abate Ledrú, especie de cura patriótico de Laves, en las cercanías de Chartres, fué exonerado por haber suscrito en favor de los heridos de Julio.

El cura se declaró partidario de las doctrinas de Swedemborg, y los del pueblo le hicieron donación de una granja para que la transformara en templo.

Al principio acudía allí mucha gente de los alrededores; pero poco á poco los espíritus se calmaron y dejaron al abate Ledrú que celebrara tranquilamente su culto hasta su muerte.

Alejandro Dumas ha hablado en sus Memorias, sobre este cisma, de una manera curiosa y entretenida.

Una era nueva se abrió para los secuaces del reformador sueco. Un antiguo magistrado, M. Lebois des Guays, empleó siete años en traducir las obras de Swedemborg con una pluma de oro.

A pesar de todo la secta no ha hecho grandes progresos en Francia. En los últimos años reúne en Passy, calle de la Faisanderie.

La construcción de un templo á expensas de uno de los actuales apóstoles, M. Human, permitirá á los swedemborgistas parisienses reunirse más regularmente.

VI

Los Baptistas, estos puritanos que quieren elevar el bautismo á la tradición y restablecerlo como lo estableció San Juan, se abren paso hoy en Europa como quizás no ha logrado ninguna otra reforma religiosa.

La secta de los baptistas, tan numerosa en Inglaterra y en la América del Norte, cuenta también en Alemania muchas comunidades.

Los baptistas, no creen que el bautismo administrado á los niños sea eficaz, y no lo confieren más que á los adultos.

Refieren los periódicos alemanes que estos días se han celebrado en las orillas del Rhin, en la ciudad de Worms, varios bautizos por inmersión, de conformidad con las creencias de la secta.

A pesar del frío, nueve neófitos, desde doce hasta diez y ocho años de edad, y vestidos con un traje especial de lana blanca, fueron conducidos al río y sumergidos completamente en el agua por el pastor, que les administró el sacramento recitando versículos de la Biblia.

Después de esta curiosa ceremonia que recuerda el bautismo de las primeras edades de la Iglesia, los neófitos han sido devueltos á sus familias, las cuales se apresuraron á envolverlos en mantas.

VII

No son menos extraños los Mormones, oriundos también de América, donde los están persiguiendo cruelmente. Son los Mormones, cristianos que aceptan la pluralidad de las mujeres, y esto es considerado como inmoral para la sociedad y para la familia mayormente. No hace mucho tiempo que la prensa toda reproducía las enérgicas disposiciones tomadas por el gobierno norteamericano para perseguir al mormonismo. Esas disposiciones no parecen hasta ahora promover ninguna resistencia. Esta docilidad se explica por el hecho de que el número de los polígamos en el Utah no pasa de 4.000 en una población de 150.000 almas, y además, porque de dos á tres años acá, en el seno de la sociedad mormónica, se han suscitado violentas protestas contra la pluralidad de las mujeres.

Esta excisión es tanto más grave, en cuanto ha sido provocada por los dos hijos menores de José Smith, William-Alejandro y David-Hiram, que ejercen una grande influencia sobre el pueblo escogido, y especialmente el segundo, cuyo nacimiento, ocurrido después del asesinato del profeta, había sido considerado como misterioso y providencial.

Pues bien; los dos hijos del profeta afirman que José Smith no había pensado jamás en establecer la poligamia entre los Santos de los últimos días, y que sobre esto no había recibido revelación alguna. En apoyo de estas aserciones, han hecho notar que el libro de Mormon guarda el más absoluto silencio sobre el matrimonio patriarcal, y que este uso no se estableció hasta el año 1852 á orillas del Lago Salado, es decir, ocho años después de la muerte del profeta, que ocurrió en Nauvoo, en el Illinois, en 27 de Junio de 1844.

Brigham-Young no es, pues, á sus ojos más que un impostor. Le atacaron con violencia en 1859 invocando contra él el testimonio de su madre, que es tenida por la primera santa de Israel.

Brigham-Young se dejó llevar de la pasión hasta el punto de calificar de embustera «á la mujer predilecta de Dios.» á la *Electa Cyria*, lo que suscitó grandes murmullos entre el pueblo. David-Hiram y su hermano quisieron exponer á los fieles, en pleno tabernáculo, sus argumentos, contra la poligamia. Brigham-Young les prohibió acercarse al lugar santo; y este acto de tiranía dió margen á suponer que temía la discusión pública y que había pervertido, como se le acusaba, la doctrina pura, la revelación divina.

Los dos hijos del profeta insistieron más vivamente que nunca en su resolución de reformar la Iglesia corrompida, por el indigno sucesor de José Smith, y prepararon de esta suerte la intervención del gobierno norteamericano, que no esperaba más que una ocasión para suprimir la poligamia en el Utah.

Brigham-Young esperaba desde mucho tiempo esta última prueba, y se asegura que ha declarado varias veces que una revelación de lo alto le ha demostrado, en las islas Sandwich, la verdadera Jerusalén de los últimos días.

Añádese que previendo este nuevo éxodo,

ha entregado al Banco de Inglaterra un depósito de 25 millones de pesos, suma que no representa acaso la décima parte de los recursos de que los mormones podrían disponer para trasportar la Santa Sion á las profundidades del mundo Oceánico.

Smith, como todos los jefes del mormonismo, ha sido un impostor que ha sabido, no obstante, hacerse querer y respetar por un puñado, no pequeño, de ilusos y desventurados fanáticos.

Pero aparte de otras consideraciones que aquí podríamos hacer sobre la secta mormonista, convengamos en que el Dios de éstos ha sido Brigham Young. Bajo este punto de vista la vida de este gran embaucador es importante.

Nació Brigham Young en el Estado de Vermont (Estados-Unidos, en 1801. En la primera mitad de su vida, ejerció varios oficios, principalmente los de carpintero y pintor de cristales, no obstante lo cual era hombre de regular instrucción y revelaba bastante talento.

Afiliado en 1830 á la ya célebre secta de los mormones llegó en pocos años, de dignidad en dignidad, á la de presidente del Consejo de los Apóstoles, instituido por Smith en 1835. Desde este año hasta 1840, estuvo predicando y procurando extender la nueva creencia por varios países de la América septentrional, principalmente en los estados de New-York, Massachusetts, Radhe-Island, Connecticut, Ohio, Missouri, etc. Vino después á Europa yendo á establecerse á Londres, donde desplegó una asombrosa actividad en la propaganda de sus doctrinas, volviendo de nuevo á América en 1841, donde continuó sus predicaciones. Durante su residencia en Inglaterra parece que fué cuando Brigham concibió la idea de establecer la poligamia entre los sectarios del mormonismo, si bien hay quien afirma que Young no hizo más que consagrar, con su pretendida «revelación» la poligamia, cuyo germen se descubre en las primeras instituciones mormónicas.

NICOLÁS DIAZ Y PÉREZ.

REVISTA DE MADRID

Lo dicen los viejos y las estadísticas lo confirman: en lo que va de siglo no se ha conocido invierno igual. Hielo líquido cae sobre nosotros continuamente resbalando por nuestras mejillas, humedeciendo nuestras ropas, llegando á la misma médula de nuestros huesos y amenazando coagular la sangre en nuestras venas. El sol no se deja ver: muros espesos como de témpanos helados le ocultan á todas las miradas, manteniéndole en una prisión que sus rayos no pueden atravesar. Detrás de las nubes oscuras y espesas que entoldan el cielo, se le ve pasar, se le adivina, mejor dicho; pero como si él también tuviera frío y se embosara, para sentirle menos, en un abrigo de pieles. Huérfana de sus caricias, la tierra agoniza. Desnudas están las faldas de sus montes, áridas sus llanuras, faltos de hojas los secos troncos que agitados por el viento chocan unas con otras sus escueltas ramas, como si también ellos se quejasen del frío que hiela su savia, y que es la muerte. Las fuentes públicas no corren; obstruidos están sus caños; el agua que en apacible arroyo cae sobre el cántaro de barro ó la cuba del aguador, solidifícase al salir bulliciosamente por el estrecho conducto de bronce ó de metal; al contacto del aire quedó allí cogiendo como lágrima enredada en los párpados de una mujer que llora, perla de cristal que no se desliza porque las pestañas la retienen prisionera. Las figurillas de piedra que el desconocido artista puso en el centro de los anchos pilones, las náyades, las ondinas, las ninfas de cabeza de mujer y cola de pescado, los satiros de ahorquillado pié, burlona sonrisa y miradas provocativas, aparecen como en vueltas en una túnica sutil que les dá aspecto fantástico, red de delgados hilos de cristal dentro de la cual parecen animarse y vivir, gozosas por mostrarse desnudas exponiendo al hielo sus formas exuberantes de seres soñados, de mujeres ideales. La escarcha brilla sobre los tejados; á una helada sucede otra, y apenas ha desaparecido la primera cuando ya ocupa su puesto la segunda. Todos los días, al amanecer, las vidrieras de las ventanas parecen esmeriladas por la espesa capa de hielo que roba su brillantez al cristal. Por las calles la gente anda deprisa, rebujada en mantones y abrigos las mujeres, envueltas en gabanes y capas los hombres; nadie se para nadie se detiene, cada cual va á sus negocios sin fijarse en lo que le rodea. Ni los conocidos se saludan, ni los amigos se hablan. Hace mucho frío. Los coches aligeran el paso, las caballerías trotan para entrar en calor. La idea de lo que será el polo está en todas las imaginaciones. Muchos que no le conocen sino por las novelas de Julio Verne, se representan ahora lo que serán aquellos inmensos desiertos de nieve en que el aliento mismo se congela, en que el termómetro baja sin cesar como

si alguna fuerza imperiosa le llamase al centro de la tierra haciéndole abandonar el estrecho tubo que á duras penas le contiene, en que los animales mueren de hambre y los hombres de frío, sin que el sol les envuelva en la madeja de sus rayos ni el cielo azul brille sobre sus cabezas. Los desocupados piensan en casas hechas de nieve, en mares helados, en montañas que no son sino témpanos que el calor no derrite nunca. El aire corta como un cuchillo de finísima hoja toledana; y al moverse y agitar las ramas secas en los árboles, las tejas en las techumbres y las veletas en los campanarios, sopla sobre la pobre humanidad el viento de pulmonía.

¡La pulmonía! Es la niña lígubre de este tiempo, hija del frío y de la muerte. Lígubre como el viento, impalpable, invisible, se cierne sobre las aldeas, cruza los campos, entra en las ciudades, da vueltas en el bosque, acecha desde una esquina de la calle se sienta á descansar en una plaza, va á divertirse á un paseo, salta de tejado en tejado produciendo al moverse ruido como de quejas y silbidos, y en todas partes entra y en todas partes hace víctimas. Sorprende al pobre leñador que trabajosamente busca en la selva el haz de leña que ha de calentarse; ataca al rico en su palco de la Opera, al miserable en el quicio de la puerta junto á la cual pasa la noche, al burgués en su tienda, al albañil en su andamio. Se cuelga por las rendijas de las puertas mal cerradas y por el hueco de las ventanas á medio abrir. Y apenas se ha apoderado de un cuerpo, que considera como suyo, baja á su pecho, busca los pulmones, y allí se sienta entre ellos, y como niño travieso que se complace en destrozar un juguete, así hace y deshace en el organismo, sopla su aliento envenenado en las vesículas, y cuando ya nada queda por destruir y nada por deshacer, sale del cuerpo, sujeta á la vida que también se va. Dios sabe dónde, mientras la tierra recoge piadosa en su seno al que ya no es más que un cadáver. Y allí quedan, encerrados en aquella tumba que se acaba de abrir, sueños, ideas, ambiciones del pasado, realidades del presente, esperanzas del porvenir. Era una mujer hermosa, y ya no es más que un montón de materia putrefacta; era un hombre de genio, y ya no es más que un molde de carne en descomposición; era una ilusión, y ya no es más que un recuerdo; era una madre, y ya no es nada.

Y sigue la pulmonía corriendo, corriendo, dejándose atrás un eco estrepitoso de maldiciones y plegarias. Maldice la el huérfano porque perdió á su padre, la esposa porque quedó sin su marido; implórale el deudor para que le libre de un inglés, y el presunto heredero por que le dé cuanto antes la herencia que ya mira como cosa suya. Pero ella no hace caso de unos y otros, y á la puerta de los teatros, á la salida de los bailes, alarga galantemente su mano para ayudar á bajar del coche á la encoquetada dama, dándole en la boca entreabierta, en los hombros desnudos, en el seno apenas velado por débil encaje, besos fríos, helados, que roban color á las mejillas y latidos al corazón.

Lejos, formando como una barrera que nos separa de otro mundo, ábrese el Guadarrama con su cadena de montes que cubre la nieve. De allí viene la pulmonía. El aire la trae vestida de niebla, coronada de escarcha. Viene con ella el secreto del porvenir, la palabra misteriosa del enigma que nos rodea, la solución que con empeño perseguimos; ¡Virgen pálida y triste que se nos aparece como el fin de un día, y es tal vez al crepúsculo de una aurora!

Con la proximidad del Carnaval, los bailes de máscaras han abierto sus salones, y tropel de hombres y mujeres que tienen pocos cuidados y mucho afán por divertirse, acuden á ellos en revuelta confusión, velado el rostro por un antifaz, envuelto el cuerpo en trajes de otras épocas, fingiendo la voz para no ser conocidos, ocultando ademanes y miradas que los pudieran denunciar. No temen al invierno. Para ellos no existe el frío. La helada que cae cuando se dirigen al baile pareceles suave rocío, y es que el calor de su corazón funde el hielo y calienta la porción de atmósfera que les rodea. A veces llueve, á veces nieva, y, sin embargo, siguen adelante estrechando entre sus manos la débil cartulina que es como una letra de diversion que el banquero paga á la vista. La vida, en lo que tiene de más formidable y poderoso, va con ellos, mueve sus pasos, los encierra en una atmósfera ficticia, lejos del mundo y sus miserias y sus vanidades. Van en grupos, saltando, riendo, deslizándose sobre la helada sin sentir la humedad en los pies mal resguardados por el chapín de seda ó la sandalia. Cuando cruzan por debajo de la luz que proyectan los faroles, parecen sombras que pasan en el fondo de una linterna mágica. La niña cursi que espera volver á su casa con un novio formal, la mal casada que de este modo vé á su amante, la pecadora que acude allí donde salta el tapón de una botella y se oye el eco de una carcajada, el estudiante que sueña amores imposibles, el hortera que busca por todas partes la credencial de calavera aficionado, el hombre maduro que pide al escándalo alientes para su gastado paladar... Allí van todos, riendo unos de buena fé, fingiendo reír otros, alegres todos, llenos de ilusiones. Pasan y repasan su cesar, hablándose sin conocerse, diciendo y oyendo cosas que ni dirían ni oírían con la cara descubierta, cambiando de pareja á cada baile, de humor á cada vuelta, de voz á cada palabra.

Cuando el maestro hace la señal y la música rompe á tocar, unense las parejas en un abrazo, pléganse cuerpos y talles como bajo el peso de suave languidez, y todos brincan, todos saltan, todos gritan, dominando con sus gritos y sus saltos el ruido de la orquesta. Nada que se parezca más á un manicomio que un baile de máscaras. Allí cada cual repre-

senta el papel que se acomodó á su capricho. Uno czar, otro emperador, éste albañil, aquél barbero, adivino el de más allá, paje el que está en el centro. Las razas, los países, las épocas se confunden. Hay negros de Africa, mongoles, caucásicos, esquimales, turcos, ingleses; caballeros de Luis XV, escuderos del Cid, reyes de armas de los Reyes Católicos. Quién se cree la estrella de la tarde, quién el primer rayo de sol. Séres reales y fantásticos, séres que creó la imaginación de los poetas y séres á que dió vida la fé de un pueblo. Felipe II, Otelo, Fausto, el duque de Alba, la Fortuna, la Fé, la Caridad, dioses, ninfas, bebés de largas piernas, récio cuerpo y cabeza monstruosa, generales de gran talla, bigotes inverosímiles y plumas de pavo real en el sombrero: se juntan, se tropiezan, se dan bromas, y obran como si realmente fueran el personaje que encarnan, mostrándose tras la careta al desnudo, sin disimular sus sentimientos ni ocultar sus rencores, ni dorar la venganza que proyectan. ¿Qué más es un manicomio?

—Dejémosles reír y divertirse. Gozan, ó á lo menos se lo figura n.—¿Qué es la vida sino una ilusión?—dijo el poeta, que añadía:

que el hombre que vive, sueña
lo que es, hasta despertar.

Dejémosles creer que se divierten. Están dormidos y es casi una inhumanidad el despertarles. ¿Qué les podemos dar á cambio de esa risa franca, de ese olvido á que relegan por una noche las luchas y contradicciones de la vida? Si, que ríen, que gozan, que se divierten. Mientras bailan no tienen hambre, no sienten el frío, no piensan en sus desgracias—porque los más serán desgraciados.—Se pasean por lo que llama el vulgo jardín de los tontos, espacio indefinido en que nunca se pone el sol, en que una eterna primavera alfombra los campos; pais de encantamiento en que todos los sueños son verdad; en que se cumplen todos los deseos; en que todas las realidades son hermosas.

A veces, sin embargo, la gente se arremolina, el bastonero acude, se avisa á la autoridad. Como el otro día en la Zarzuela, una joven yace en el suelo herida de una puñalada. La sangre mancha la mesa del festín; en el vasto escenario donde se representaba una comedia, ha surgido de pronto el drama; Melpómene con su fez adusta, su puñal afilado, sus miradas indecisas, ha atravesado como una negra nube por el fondo del cielo sonriente.

Entretanto el globo sigue su trabajo de descomposición, se agrietea, se resquebraja, y como atraídas por fuerza irresistible, andan los cerros, se corren las sierras, aldeas y lugares se trastornan, y la humadidad, temblando por su vida, siente el continuo jacear del monstruo que se agita bajo sus pies en formidables convulsiones. Siguen las sacudidas en Granada, en Málaga, en Alhama, en Almuñecar, y las ruinas chocan y se confunden hoy, como ayer chocaron y se confundieron los edificios en una caricia monstruosa. En torno á las hogueras que apaga la nieve, junto á los troncos que se resisten al calor de la llama, las poblaciones rezan sobre aquel suelo inseguro. Y en sus noches sin sueño, en su temor sin paliativo, en sus terrores indecibles, ven imágenes siniestras pasando por delante de sus ojos como arrastradas en los pliegues del aire helado; y despertando recuerdos que dormían, y vagas reminiscencias de otros tiempos, forman poco á poco la leyenda de los terremotos, á la vez delicada y terrible, leyenda que Machado y Álvarez, el paciente investigador de los recuerdos populares, ha recogido dándole forma en un artículo muy interesante que se publicará uno de estos días. Si Granada desapareciera. El destino lo tiene escrito hace mucho tiempo en sus decretos más que inapelables. Luce en su cielo una estrella que, desde la época árabe, tiende á ocultarse tras el horizonte, y se oculta, se oculta poco á poco, por momentos que son siglos. El día que los granadinos no la vean, Granada desaparecerá también de la faz de la tierra, como el astro de los espacios del cielo. La ciudad y la estrella se completan; son como cuerpo y alma de un sér condenado á morir. Semajante á los héroes de los cuentos populares que tienen su vida en una caja, en un árbol, en una flor, y rota la caja, seco el árbol, la flor marchita, mueren de repente sin enfermedad ni herida alguna, Granada tiene su vida en esa estrella, y cuando ésta se oculte, morirá.

¿Y sabéis cómo morirá? Allí, en el seno de Sierra Elvira, en un volcan aguarda la hora de desbordar rios de fuego sobre cañiñas y llanuras. Por eso sus cumbres no se cubren jamás de nieve, por eso dijo el poeta que los fuegos de Sierra Elvira los apaga Sierra Nevada. Y uniendo á esto ideas bíblicas, y reconociendo así la existencia del calor central y el peligro de tener esa hoguera en las entrañas, afirma que el mundo ha de ser destruido por el fuego, y precisamente en un domingo cuya vispera se desconoce, como se desconoce también el lunes que ha de amanecer sobre él.

Respecto á los ocurridos hasta ahora, la leyenda está ya formada. Según dijo á su tiempo el corresponsal de un diario madrileño, cuéntase en los pueblos del partido de Alhama tan castigados por los terremotos, que un pastor de Turro iba la noche del 25 de Diciembre por el monte y vió á un anciano de lengua barba y amarillenta faz, que acompañado de una bella señora y dos chucuelos, se detuvo debajo de un pino. El misterioso anciano formó allí un altar, y encendiendo dos velas y vistiendo los hábitos sacramentales, dijo una misa. Al terminarla, apagó una vela, y en aquel momento la tierra se estremeció y sobre vino la catástrofe. Con faz airada iba el viejo á apagar la otra vela aún encendida, cuando la señora, hincándose á sus pies y llorando, le pidió que no lo hiciese,

que ya que había matado con su soplo á tantos infelices, respetase la vida de los restantes. Negábase el anciano, y entonces el pastor, tembloroso, se levantó del suelo donde estaba tendido, para unir sus ruegos á los de la bella señora; mas entonces todo se disipó, elevándose al cielo una columna de azulado humo y oyéndose en los aires estas palabras:

—Los perdono.—

La idea de representar por una luz la vida humana es vieja en la iconografía popular. Cuando dos se casan, aquel cuya vela se apaga antes será el primero en morir; cuando una persona tira al suelo una cerilla y queda ardiendo no debe apagarla, porque se apagará también su buena suerte.

¿Y los sábios? ¿Qué nos dicen para alentarnos? Que un día el mundo estallará como una bomba, que entonces huirá la vida de él, y astro muerto á semejanza, de la luna pasará por el espacio indefinido el espectáculo de un sepulcro girando eternamente en la extensión indefinida y trayendo á la acobardada mente idea de mitológicos castigos.

Estos últimos días la calle de la Gorgue ra ha sido teatro de una de esas tragedias de familia mil veces más espantosas que las que nos ofrecen en la escena ó el libro los modernos imitadores de Bouchardy, el gran efectista francés. Y es que la ficción no llega nunca donde la realidad. El arte puede imitar á la naturaleza, embellecerla, pero jamás sobrepujarla. Los que censuran por inverosímiles dramas y novelas, es que no miran á su alrededor, donde pasan cosas más inverosímiles todavía.

La historia es sencilla y conmovedora, produce la emoción de la verdad. Una joven hermosa tiene un novio; sospecha que no la es fiel, va tras él una noche, le espera á la puerta de una casa durante hora y media, y de pronto le ve salir llevando del brazo otra mujer. Se dirige á los dos, les increpa, sujeta fuertemente á la tapada que quiere huir de entre sus manos, y cuando arranca á ésta el pañuelo que cubre su cabeza se hace para atrás horrorizada. Su rival era su madre. Dió un grito y huyó... y ya no se sabe más de esa historia, piedra que cayó en la superficie del lago madrileño, turbó un punto la transparencia de sus aguas tranquilas, y se perdió luego en su fondo cubierto de cieno.

¿Qué habrá pasado después? ¿Qué se habrán dicho á sus solas esa madre y esa hija cuando se hayan encontrado en el hogar de que ya han huido para siempre la calma y el amor? ¿En qué creará de hoy en adelante esa pobre mujer que ya no puede creer ni en el hombre que la dió su corazón ni en la mujer que la llevó nueve meses en sus entrañas? En ese pecho destrozado por el pesar, debe haber ocurrido algo semejante á los terremotos de Andalucía, ruina de un pueblo, desquiciamiento de un mundo, toda una vida que se hundió en una hononada, algo como un sol que se apaga para siempre, como un cielo que se viene abajo, losa tendida sobre el abismo convertido en vasto sepulcro; terremoto moral peor que ese terremoto material sobre cuyos escombros queda en pie la esperanza llamando á la caridad. El mundo parecerá un nido de víboras á esa pobre mujer, cuya alma debe haber muerto en el choque. Ayer pudo ser buena, ser dichosa; hoy, ¿quién sabe si tendrá fuerzas para ser buena solamente!

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA

Préstamos á largo plazo al 6 por 100

en metálico

El Banco Hipotecario hace actualmente y hasta nuevo aviso sus préstamos al 6 por 100 de interés en efectivo.

Estos préstamos se hacen de 5 á 50 años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre lo que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades, ó las que se hayan pactado, queda la fincalibre para el propietario, sin necesidad de ningún gasto ni tener entonces que embolsar parte alguna del capital.

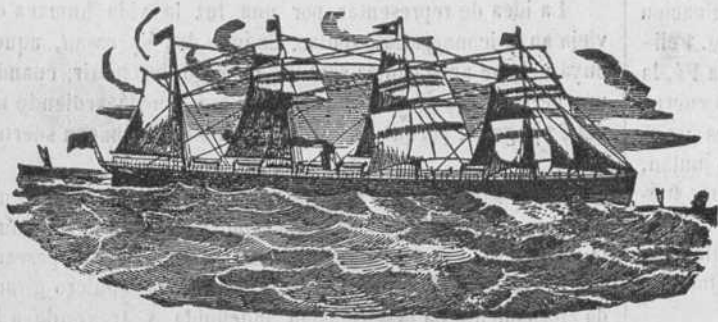
Préstamos á corto plazo

Además de estos préstamos hipotecarios, abre créditos para el fomento de la Agricultura y construcción de edificios.

Cédulas hipotecarias

En representación de los préstamos realizados, el Banco emite cédulas hipotecarias. Estos títulos tienen la garantía especial de todas las fincas hipotecadas al Banco y la subsidiaria del capital de la Sociedad. Son amortizables á la par en 50 años.—Los intereses se pagan semestralmente, en 1.º de Abril y en 1.º de Octubre, en Madrid y en las capitales de provincias.—Los que deseen adquirir dichas cédulas, podrán dirigirse: en Madrid, directamente á las oficinas del Banco Hipotecario, ó por medio de agente de Bolsa; y en provincias, á los comisionados de dicho Banco.

ANUNCIOS



SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS A PUERTO RICO Y HABANA con escalas y extension a

LAS PALMAS, PUERTOS DE LAS ANTILLAS, VERACRUZ Y PACIFICO

Salidas trimensuales de Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes: para Palmas, Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Santander, el 20, y Coruña, el 21: para Puerto-Rico y Habana. Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30: para Puerto-Rico, con extension a Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extension a Santiago, Gibara y Nuevitas, así como a La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.

Viajes del mes de Enero

El 10, de Cádiz el vapor *Ciudad de Santander*.
El 20, de Santander el vapor *P. de Satrústegui*.
El 30, de Cádiz el vapor *Antonio Lopez*.

VAPORES-CORREOS A MANILA CON ESCALAS

EN PORT-SAID, ADEN Y SINGAPORE, Y SERVICIO A ILOILO Y CEBÚ

Salidas mensuales de Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor *Santo Domingo* saldrá de Barcelona el 1.º de Febrero de 1885.

SERVICIO COMERCIAL A FILIPINAS

Salidas mensuales de Liverpool, el último día del mes; Santander, 3; Cádiz, 8, y Barcelona, 15 de cada mes, con escalas en

PORT-SAID, ADEN Y SINGAPORE, Y TRASBORDO PARA ILOILO Y CEBÚ

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja a familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila a precios especiales para emigrantes de clase artesana o jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

BARCELONA.—La Compañía Trasatlántica y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.

CADIZ.—Delegación de la Compañía Trasatlántica.

MADRID.—D. Julian Moreno, Alcalá.

LIVERPOOL.—Sres. Larrinaga y Compañía.

SANTANDER.—Angel B. Perez y Compañía.

CORUÑA.—D. E. da Guarda.

VIGO.—D. R. Carreras Irigorri.

CARTAGENA.—Bosch hermanos.

VALENCIA.—Dart y Compañía.

MANILA.—Sr. Administrador general de la Compañía general de tabacos.

Diccionario

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

por

DON NICOLAS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá a luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español a dos columnas, buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscriptores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 a 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscriptores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Perez y Boix, Madrid, Manzana, 21; y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol, 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; Murillo Alcalá y D. Leocadio Lopez, Carmen, 13.

EL PROGRESO EN 1885 QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que a los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, y a la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder a los favores que nos dispensa nos parecen insuficientes y nuestros esfuerzos irán encaminados a consolidar la predilección con que nos distingue.

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales

Se regala a los suscriptores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscriptores directos como son: la adquisición a plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas, herramientas, obras notables de agricultura y la contestación gratuita a las consultas que se dirijan a las Oficinas facultativas de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

JARABE DE RÁBANO IODADO

De GRIMAULT y C^a, Farmacéuticos en París

Desde hace veinte años este medicamento dá los resultados más notables en las enfermedades de la infancia, reemplazando de una manera muy ventajosa el aceite de hígado de bacalao, el jarabe antiescorbútico y el yoduro de hierro.

Es un remedio soberano contra los **Infartos é Inflammaciones de las glándulas del cuello**, el usagre y todas las erupciones de la piel, de la cabeza y de la cara; excita el apetito, tonifica los tejidos, combate la palidez y la flojedad de las carnes y devuelve a los niños el vigor y la vivacidad naturales. Es un admirable medicamento contra las **costras de leche**, y un excelente depurativo.

IMPORTANTE: Los admirables efectos de este medicamento, consagrando su aceptación, han provocado numerosas falsificaciones é imitaciones sin valor alguno. Para obtener el legítimo y eficaz Jarabe de Rabano iodado, exijase en cada frasco la marca de fábrica, el sello azul y la firma de GRIMAULT y C^a, además grabada en el vidrio.

Depósito: 8, Rue Vivienne y en las principales Farmacias y Droguerías



COLON EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada, bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS.

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados, 1, administrador de la obra.

ALHAJAS Y RELOJES

en oro y plata de ley, con verdadera garantía: precios en competencia. Taller de composuras.

Sánchez.—Carretas, 22, tienda

Almacén de relojes

DE TODAS CLASES (Venta al por mayor)

GIROD Y FONTANEZ

ESPARTEROS, 8, PRAL.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES

SEVILLA

1.º *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres, Supersticiones y mitos, Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor. 160

FAUSTO ALDEGOA

Calle Imperial, 8

Equina a la de Botoneras

Madrid

Esta acreditada casa tiene siempre fabricado doce mil corsés en raso, satines, cuties, pieles y driles.

Especialidad en los corsés fajas para disminuir el vientre, desde 8 pesetas en adelante.

DENTICINA INFALIBLE

Lo saben todas las madres. Ni un sólo niño muere de la dentición, pues los salva aún en la agonía, brotan fuertes dentaduras, reaparece la baba, extingue diarrea y accidentes, robustece a los niños y los desencanija. Una caja, 12 rs., que remite por 14 el autor P. F. Izquierdo, Madrid, Pontejos, 6, botica, y en todas las boticas y droguerías de España.

DEBILIDAD

Impotencia y esterilidad

Curadas con el AFRODISIACO MARINO. Caja, 30 rs.; por correo, 34. Utilísimo a los matrimonios sin sucesión y a los estenuados por abusos ó prematura vejez. Correspondencia privada a Yarto Monzoa, Madrid.

MADRID: 1885

Imp. de EL PROGRESO & c. de E. Llancharos

Salesas, 2, duplicado, bajo